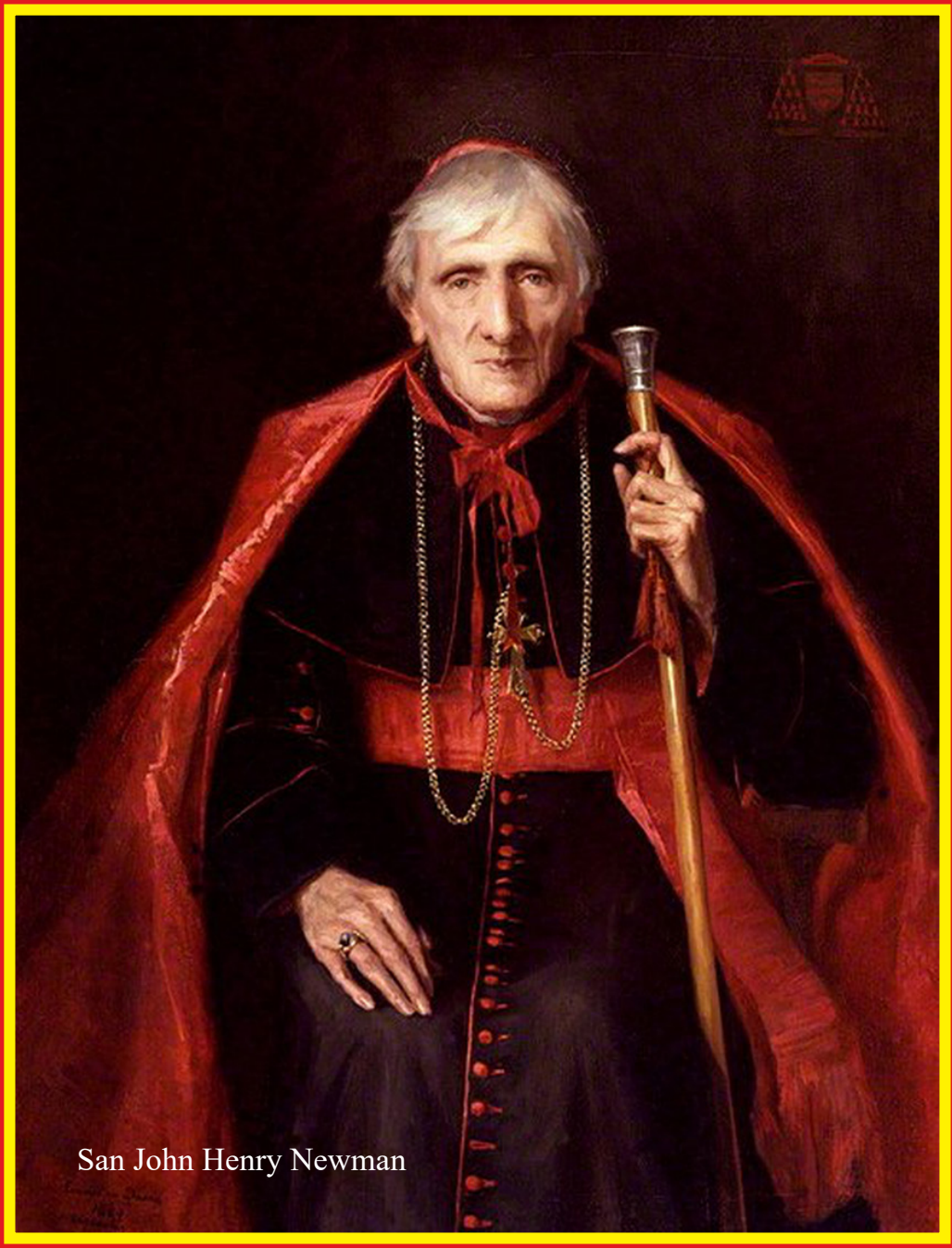
ISSN: 0327-5876

NEWMANIANA

AÑO XXXII - NÚMERO 81

SEPTEIMBRE 2022


San John Henry Newman

Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de Amigos de Newman en la Argentina

NEWMANIANA

Año XXXII - N° 81
Septiembre 2022

Director
Mons. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción
Dra. Inés de Cassagne
Dr. Jorge Ferro
Lic. Pablo Marini

Diseño preprensa
Pm Desarrollos Editoriales

Impresión
Gráfica LAF

NEWMANIANA
(ISSN 0327-5876)
es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Paraná 787 - (1640) Martínez
Pcia. Buenos Aires-República Argentina
www.amigosdenewman.com.ar
amigosdenewman@gmail.com
cavallerfm@gmail.com

EDITORIAL

• Las fiestas y memorias de los santos 3

SERMONES

• La voluntad de Dios, fin de la vida 6
• Pecados de debilidad 15
• El ayuno es motivo de prueba.....24

POESÍA

• San Pablo 22

ARTÍCULO

• El drama anglicano en la geografía católica
de John Henry Newman.....31

CARTAS

• La cuestión de la unidad..... 39

San John Henry Newman,

tú fuiste llevado por el camino de la Luz amable de la Verdad, para poder ser una luz espiritual en las tinieblas de este mundo; fuiste un elocuente maestro de esa Verdad y un devoto servidor de la única Iglesia de Cristo.

Confiados en tu celestial intercesión te rogamos por la siguiente intención:

[pedir aquí la gracia]

Por tu conocimiento de los misterios de la fe, tu celo en defender las enseñanzas de la Iglesia, y tu amor sacerdotal para con tus hijos, atiende nuestra ferviente oración.

Amén.

LUNES 10 DE OCTUBRE

Memoria litúrgica de John Henry Newman

MISA A LAS 20.00 HS
Y POSTERIOR ENCUENTRO – ÁGAPE

Iglesia Nuestra Señora de Luján
Av. del Libertador y Uruguay, Punta Chica

Las fiestas y memorias de los santos

Queridos Amigos:

Los invitamos a ojear aquí el santoral inglés, tomado de "*Las vidas de los Santos*" de A. Butler en su edición inglesa, y eligiendo como muestra los que se conmemoran en mayo y junio, hace poco tiempo atrás.

San Edbert, obispo de Lindisfarne †698 (6 de nayo), San John de Beverley, obispo de York †721 (7 de mayo), Santos Wiro y Plechelm, obispos y San Otger, diácono, siglo VIII (8 de mayo), San Asaph, obispo siglo VII (11 de mayo), San Erconwald, obispo de Londres †686 (13 de mayo), San Carannog, abad, siglo VI (16 de mayo), San Simon Stock †1263 (16 de mayo), San Madron siglo VI (17 de mayo), Beato Alcuino, monje †864 (19 de mayo), San Dunstan, arzobispo de Canterbury †988 (19 de mayo), San Ethelbert, rey y mártir †794 (20 de mayo), San Godric †1170 (21 de mayo), San William de Rochester, mártir †1201 (23 de mayo), San David I de Escocia, rey †1153 (24 de mayo), San Aldhelm, obispo de Sherborne †709 (25 de mayo), (San Beda el Venerable, monje y doctor de la Iglesia †735 (25 de mayo), San Agustín de Canterbury, monje y obispo, nacido en Roma, pero fue el gran evangelizador de Inglaterra †605 (27 de mayo), San Wistan †849 (1º de junio), San Kevin, abad †618 (3 de junio), San Petroc, abad, siglo VI (4 de junio), San Bonifacio (o Winfrid), monje, arzobispo de Maine, mártir †754 (5 de junio), San Gudwal siglo VI (6 de junio), San Meriadoc, obispo siglo VI (7 de junio), San Colman of Dromore, obispo siglo VI (7 de junio), San Willibald, obispo †786 (7 de junio), San Robert, abad †1159 (7 de junio), San William, arzobispo de York +1154 (8 de junio), San Columba, abad de Iona +597 (9 de junio), San Richard, obispo siglo XII (9 de junio), Santa Margarita reina de Escocia †1093 (10 de junio), San Ithamar, obispo de Rochester †656 (10 de junio), San Ternan, obispo siglo V-VI (12 de junio), San Eskil, obispo y mártir †1080 (12 de junio), Santa Edburga, virgen †960 (15 de junio), San Nectan siglo VI (17 de junio), San Harvey, abad, siglo VI (17 de junio), San Botulf, abad y San Adulf †680 (17 de junio), San Goban, mártir †670 (20 de junio), San Alban, mártir siglo I (22 de junio), Santa Etheldreda, abadesa de Ely †679 (23 de junio), San Moloc, obispo †572 (25 de junio), San Adalbert de Egmont †714 (25 de junio).

El número de santos es abrumador en tan sólo dos meses, y al prestar atención a este hecho queremos recordar aquí la devoción que Newman les tenía. En efecto, hacia 1843, dos años antes de su conversión, había decidido publicar una serie de *Vidas de Santos Ingleses*. El catálogo aparece en la nota D de la *Apologia pro vita sua*, y suma 231 santos, del siglo II al siglo XV, con sus respectivas fechas de conmemoración a través del año. Newman considera que podía "ser útil como un primer paso hacia una hagiografía completa de Inglaterra", y dice que "poseer la historia del pasado es una compensación por los desórdenes y perplejidades de los últimos tiempos de la Iglesia… En este momento hay particulares motivos para recurrir a los santos de nuestra querida y gloriosa Inglaterra, tan favorecida de Dios como descarriada y desdichada. Este recurso nos servirá para amar mejor a nuestra patria, y amarla por mejores razones que hasta ahora; nos enseñará a vincular su territorio, sus villas y ciudades, sus montes y valles a cosas sagradas, nos dará una visión de su actual situación histórica en la economía divina y nos

pondrá ante los ojos los deberes y esperanzas que ha heredado esta Iglesia que en tiempos pasados fue madre de san Bonifacio y de santa Ethelreda".

La lista abarcaba hasta el siglo XV los santos venerados por el anglicanismo, y no incluía por supuesto a los mártires católicos ingleses muertos en las terribles persecuciones del siglo XVI en adelante. Para ello debemos ir, en los mismos meses de mayo y junio, al santoral y calendario católico, donde aparece la memoria, en primer lugar, de los Mártires de Inglaterra y Gales del siglo XVI y XVII (4 de mayo), pero también la de mártires singulares en distintas fechas, que componen un verdadero martirologio inglés. Edward Jones y Anthoniy Middleton, laicos †1590 (6 de mayo), los Cartujos de Londres, Richard Reynolds y John Haile, mártires †1535-1540 (11 de mayo), San John Stone, mártir †1539 (12 de mayo), San Peter Wright †1651 (19 de mayo), San John Forest, mártir †1538 (22 de mayo), Santa Margaret Pole , viuda y mártir †1541 (28 de mayo), Thomas Ford, John Shert y Robert Johnson, sacerdotes y mártires †1582 (28 de mayo), San Richard Thirkeld, mártir †1583 (30 de mayo), San Walstan †1016 (30 de mayo), beatos William Scott y Richard Newport, mártires †1612 (30 de mayo), San John John Storey, mártir †1571 (1° de junio), beato Thomas Woodhouse, mártir †1573 (19 de junio), Mártires ingleses de 1678-1680 acusados de complot papista: Edward Coleman, William Ireland, Thomas Pickering, William Harcourt, John Fenwick, John Gatan, Anthony Turner, Richard Lanhorne, John Plesington, Thomas Thwing, mártires (20 de junio), San John Rigby, mártir †1600 (21 de junio), santos Juan Fischer, obispo, y santo Tomás Moro, laico, mártires †1535 (22 de junio), beato Thomas Garnet, mártir †1608 (23 de junio), San John Southworth, mártir †1654 (28 de junio), beato Philip Powel, mártir †1646 (30 de junio).

Además de estas dos listas de santos ingleses, podríamos agregar algunos no ingleses y celebrados también en mayo y junio, por la relación que Newman tuvo con ellos. Por ejemplo, Santos Padres que él leyó, comentó, y señaló como aquellos que "me hicieron católico". San Atanasio, patriarca de Alejandría (2 de mayo) a quien Newman dedicó dos volúmenes traduciendo y comentando sus escritos; San Justino mártir (1° de junio); San Efrén (9 de junio); San Cirilo de Alejandría (27 de junio) de quien Newman comentó su famosa fórmula cristológica; y San Ireneo de Lyon, obispo y mártir (28 de junio). Además, encontramos también a San Gregorio VII (25 de mayo) a quien Newman admiraba siendo todavía anglicano como el gran ejemplo de papa reformador de la época medieval, y a San Felipe Neri (26 de mayo) a quien Newman encomendó su vida como sacerdote católico fundando el primer Oratorio inglés, con una notable devoción que ha dejado expresada en varios de sus escritos.

La importancia de conocer y de celebrar a los santos ha quedado claramente expuesta por Newman en el sermón titulado: "Celebrar los días de los Santos" (PPS II, 32; traducido en NEWMANIANA n° 31, noviembre 2000), y predicado en la fiesta de Todos los Santos de 1831. Allí nos dice: "Aún el menor de estos Santos sería la contemplación de varios días. Solo sus nombres, si fueran leídos en nuestra celebración excederían muchas puestas y salidas del sol. Un pasaje de la vida de uno de ellos sería más que suficiente para un largo discurso… Las instituciones de la Iglesia fueron grabadas sobre el rostro de la sociedad. Las fechas se contaban no tanto por los meses y estaciones, sino por las festividades sagradas. El mundo iba al paso del Evangelio. Los acuerdos legales o comerciales estaban regulados por una ley cristiana. Algo de esto queda aún entre nosotros, pero tales costumbres han desaparecido rápidamente. Para reorganizar el orden

de los compromisos son considerados suficientes los niveles de la mera utilidad. Los hombres piensan que es una pérdida de tiempo esperar el curso del año cristiano, y que ganan más con el método del negocio, y el esmero, la prontitud, y la claridad en sus transacciones mundanas según el mismo (y quizás realmente ganan, pero piensan que ganan más), que lo que pierden al abandonar los memoriales de la religión. Realmente los pierden, pierden esas reglas que en tiempos establecidos les hacen pensar en lo concerniente a la otra vida, y, a decir verdad, frecuentemente se gozan en perder lo que interfiere oficiosamente, como lo consideran, con sus esquemas temporales, recordándoles que son mortales. Veamos otra parte del asunto. Fue alguna vez costumbre que las iglesias estuvieran abiertas todo el día, para que los cristianos pudieran entrar en sus horas libres, y olvidar por algunos minutos las preocupaciones del mundo en ejercicios religiosos. Las celebraciones se fijaban para distintas horas del día, de modo de permitir concurrir en todo o en parte a aquellos que se encontraban cerca. Los que no podían llegar, tenían su libro de iglesia, y podían al menos repetir a veces en privado las oraciones que habían sido ofrecidas en la iglesia la hora anterior. Esta disposición se hizo para el sostenimiento espiritual de los cristianos día por día, para ese pan diario necesario que excede por mucho al "pan perecedero". Ahora todo esto se acaba. No nos arriesgamos a abrir nuestras iglesias de miedo que las profanen en vez de dar culto. En cuanto a un ritual acertadamente arreglado, demasiados de nosotros hemos aprendido a desdeñarlo y considerarlo una formalidad. Así, el mundo ha invadido la Iglesia; el flaco se ha devorado al gordo. Estamos amenazados con años de hambre espiritual, con el triunfo de los enemigos de la Verdad, y con el ahogo, o al menos el debilitamiento de la Voz de la Verdad, ¿y por qué? Todo porque hemos abandonado aquellas observancias religiosas a través del año que la Iglesia manda, que estamos obligados a cumplir, mientras que al abandonarlas hemos dado una suerte de argumento para aquellos que han querido suprimirlas del todo".

¿No parece escrito para hoy? Se ha acentuado en nuestra sociedad el desconocimiento e indiferencia del santoral, del calendario cristiano, viviendo tan sólo el calendario laboral o escolar, con feriados sólo para descansar del trabajo. Esto trae consigo una carencia grande en el orden de la fe y de la práctica diaria de la misma, es decir, del deseo de vivir santamente. Newman lo expresa así en este sermón: "*Todavía no he mencionado el beneficio peculiar que se deriva de la observancia del día de Todos los Santos, que reside obviamente en poner ante la mente modelos de excelencia para que los sigamos. Al dirigirnos a ellos, la Iglesia no hace sino completar el designio de la Escritura. Consideremos que gran parte de la Biblia es histórica, y que mucho de la historia es meramente la vida de aquellos hombres que fueron instrumentos de Dios en sus respectivas épocas*".

Inspirados en estas palabras y en su misma vida, es que, como Amigos suyos, renovemos nuestro propósito de conocer, amar y venerar a los santos, pidiéndoles seguir su ejemplo vivo en nuestro tiempo.

Esto mismo nos mueve ya a agendar la memoria litúrgica de San John Henry Newman, el próximo 9 de octubre, que este año cae en domingo, y debemos trasladar al lunes 10. Los esperamos.●–

Discourses to Mixed Congregations, VI, 1849

La voluntad de Dios, fin de la vida

Traducción
FERNANDO M. CAVALLER

El fin del hombre

Voy a formularos una cuestión tan corriente y poco interesante a primera vista, que tal vez os preguntéis por qué la hago, y objetéis que es difícil fijar en ella la atención, y os adelantéis incluso a decir que no producirá nada provechoso. Es la siguiente ¿para qué habéis sido puestos en el mundo?

Se trata de un pensamiento más obvio que frecuente, más sencillo que familiar: quiero decir que debería veniros a la mente, pero no os viene, y que de hecho mantenéis hacia él una distante familiaridad que pervive desde hace muchos años. Es posible que alguna vez esta idea os haya asaltado íntimamente por un breve espacio de tiempo, pero sólo a la manera de una incidencia fugaz. Hay quienes recuerdan la primera vez que tal pensamiento les visitó. Eran niños pequeños que un buen día se preguntaron espontáneamente, o, mejor dicho, oyeron cómo Dios les interrogaba en su interior: ¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo he venido? ¿Quién me trajo a este lugar? ¿Qué debo hacer? Pudo ser el primer acto de la razón, el inicio de la responsabilidad personal, el comienzo de pruebas y compromisos. Tal vez data de aquel día su capacidad de elegir entre el bien y el mal, y la posibilidad tremenda de cometer un pecado grave. A medida que la vida avanza, el pensamiento retorna poderosamente de vez en cuando, en la enfermedad, en medio de algún dolor, en momentos de soledad, al escuchar a un predicador o al leer un libro estimulante. Les acomete entonces un sentimiento intenso sobre la vanidad y miseria del mundo, y la pregunta se deja oír de nuevo: ¿Para qué he sido colocado en la Tierra?

Ciertamente contrasta mucho este mundo vano y deleznable pero imponente, con el sentido de semejante pregunta. Parece fuera de lugar formular tal interrogante en la presencia magnífica y espléndida de la gran Babilonia. El mundo se siente capaz de cubrir todas nuestras necesidades, como si fuéramos enviados a él por el hecho del envío mismo, y sin nada que lo trascienda. Es un gran favor –se dice– haber ingresado en este mundo majestuoso. Ahí se encuentra la explicación del misterio de la vida. Todo hombre hace en el mundo su propia voluntad, busca su propio placer, persigue sus propios fines: no ha venido a otra cosa.

Las metas aparentes de la vida

Visitad las calles de una ciudad populosa, con templad el continuo flujo de energía humana y la interminable variedad de iniciativas y caracteres, y quedad ya satisfechos. Los caminos –acera y calzada– están repletos; multitudes van de un sitio a otro, cada persona a su asunto, o se detienen inactivas y curiosas, por falta de trabajo, para ver y ser vistas, por diversión o con deseo de presumir, o bajo la excusa de una tarea. Los carruajes de los ricos se mezclan con los lentos carromatos cargados de provisiones y mercancías,

La ciudad, Fernand Léger, 1919.

productos del arte y demandas del lujo. Las calles albergan tiendas innumerables que, abiertas y coloridas, invitan a los clientes. De vez en cuando se ensanchan en plazas o en lugares espaciosos con grandes edificios de piedra o ladrillo, brillantes al sol y rodeados de jardines alegres. Seguid en otra dirección y encontraréis sólidas fábricas donde se efectúan los trabajos mecánicos. El aire bajo está lleno de un ruido incesante y monótono, que penetra incluso en las estancias interiores de las casas e importuna los oídos en todo momento. El aire de arriba, saturado de humo, esconde el día de Dios a los reinos del tenaz y agotador esfuerzo. ¡He aquí el fin del hombre!

Si preferís, permaneced en casa, coged uno de esos periódicos diarios que son una pintura tan verdadera del mundo, examinad las columnas de

SATURDAY EDITION

NEWS OF THE WORLD.

LARGEST CIRCULATION IN THE WORLD

ATE OF ST. QUENTIN SEALED.

FRENCH REACH SUBURBS OF GREAT STRONGHOLD.

VANCE ALL ALONG FRONT.

WAR DECLARED B UNITED STATES.

RESOLUTION PASSED BY BOT HOUSES OF LEGISLATURE.

ARMY OF 2,000,000.

500,000 MEN BY JULY.

AIR RAID ON KENT.

GETTY IMAGES

Periódico británico del siglo XIX.

anuncios, y descubriréis el catálogo de afanes, proyectos, ansiedades, angustias y placeres que ocupan la cabeza del hombre. El ser humano representa todos los papeles. Aquí desea vender unos bienes, allí necesita un empleo; aquí busca dinero en préstamo, allí ofrece casas, fincas o apartamentos. Dispone de comida para millones, de lujos para los ricos, de medicinas y remedios maravillosos para los crédulos, de libros baratos y nuevos para los curiosos. Pasad luego a las noticias del día y conoceréis los hechos realizados por grandes hombres, en casa y en el extranjero. Leeréis sobre guerras y rumores de guerras, debates en el Parlamento, gente recién llegada, estadistas desaparecidos, disputas políticas en la ciudad y en la nación, y enfrentamientos de intereses rivales. Conoceréis detalles sobre el mercado del dinero, la oferta y demanda de bienes, la situación del comercio, la producción de manufacturas, los barcos venidos a puerto, pérdidas, ganancias, fraudes, etc. Seguid adelante, y os tropezaréis con los descubrimientos efectuados en artes y ciencias, y los que, según dicen, se han producido en el campo de la religión. Habrá también noticias sobre la corte y la familia real, diversiones de los grandes, lugares de recreo, procesos célebres, crímenes, accidentes, experimentos, concursos e iniciativas de toda clase. ¡Qué extraño es este ser infatigable, ruidoso y jadeante que llamamos vida! ¿Y todo esto no se acabará nunca? ¿Tiene algún sentido? Parece que jamás terminará, y que constituye su propio objeto.

Ahora, hermanos míos, tratad una vez más de olvidar por un momento lo que veis y leéis en la prensa, penetrad en los corazones, y observad las ideas y los sentimientos de las personas. Miradlas lo más atentamente que podáis; entrad en sus casas y habitaciones privadas; asomaos inesperadamente a caminos y calles, mansiones y cabañas, oficinas y fábricas. ¿Qué encontráis? Escuchad sus palabras y presenciad sus acciones. Hallaréis por lo general en todos –poderosos y humildes, cultos e ignorantes– los mismos rebeldes pensamientos, los mismos locos deseos, incontroladas pasiones, opiniones rastreras y comportamientos arbitrarios. Comprobaréis que viven por el simple afán de vivir. Todos y cada uno parecen deciros: "Somos nuestro propio centro y nuestro propio fin". ¿Qué persiguen? ¿Qué proyectos albergan? ¿Para qué viven? "Vivimos para nuestro exclusivo agrado. La vida no tiene sentido si no la vivimos a nuestro gusto. Nadie nos ha enviado aquí; sencillamente nos encontramos en el mundo, y seremos como esclavos si no pensamos, creemos, amamos, odiamos y hacemos lo que nos plazca. Detestamos toda interferencia, divina o humana. Nos importa relativamente ser ricos o influyentes; pero nos importa por encima de todo vivir para nosotros mismos, apurar el placer presente, asimilar toda doctrina de modo personal, pensar en el futuro y en lo invisible mucho o poco, de acuerdo sólo con nuestro capricho".

Es un pensamiento terrible y sin embargo real. La multitud de los hombres viven sin objeto alguno más allá de la escena visible. Pueden usar de vez en cuando palabras religiosas, o profesar un culto por motivos de inercia, utilidad o deber. Pero si en semejante profesión existiera alguna sinceridad, el curso del mundo no sería como es.

El sentido de la existencia

¡Qué diferencia respecto al sentido de la vida, tal como nos lo propone nuestra fe! Si hay uno entre los hijos de los hombres que podría con todo derecho haber cumplido su propia voluntad aquí abajo, es sin duda Aquel que vino a la Tierra desde el seno de Dios y que fue tan puro en la humanidad que asumió que no podía tender a ningún propósito incompatible con la voluntad del Padre. Y sin embargo, Él, Hijo de Dios y Verbo eterno, no vino a hacer su voluntad, sino la voluntad de quien le envió, como nos repite la Sagrada Escritura una y otra vez. El profeta del Salterio, hablando en la persona de Cristo, dice: "He aquí que vengo, oh Dios, a cumplir tu voluntad" (cfr. Ps XXXIX, 7 s.). Isaías exclama: "El Señor Dios ha abierto mi oído, y yo no me resistí ni me hice atrás" (cfr. L, 5). Y en el Evangelio dice el Señor: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y llevar a cabo su obra" (cfr. lo IV, 34). De aquí que también en su agonía gritara: "No se haga mi voluntad sino la tuya" (cfr. Lc XXII, 42), y que san Pablo comen-

te: "Cristo no se agradó a Sí mismo" (Rom XV) y "aunque era Hijo de Dios aprendió la obediencia en lo que hubo de sufrir" (cfr. Hebr V, 8).

Así fue verdaderamente. Por ser Hijo eterno e igual al Padre, Su voluntad era una y la misma con la del Padre, y Él no necesitaba efectuar acto alguno de sumisión. Pero decidió tomar la naturaleza humana y la voluntad propia de tal naturaleza. Asumió por tanto los afectos, sentimientos e inclinaciones propios del hombre. Asumió una voluntad inocente, pero en cualquier caso una voluntad de hombre, diferenciada de la voluntad divina. Tomó, en definitiva, una voluntad que, si sólo hubiera actuado según lo que es grato a la naturaleza, habría negado, a la hora del dolor y del esfuerzo, su cooperación activa con la voluntad de Dios. Pero, aunque asumió la naturaleza humana, no tomó sobre Sí ese egoísmo con que se cubre el hombre caído, sino que en todas las cosas se ofreció al Padre como un sacrificio siempre disponible. No vino a la Tierra para buscar su propio agrado, ni para hacer su gusto, ni para satisfacer sentimientos humanos, sino únicamente para glorificar al Padre y hacer su voluntad. Vino lleno de una misión, encargado de un trabajo, y no miró a derecha ni a izquierda, ni pensó en sí mismo.

Por eso fue llevado en el vientre de una mujer humilde que, antes de dar a luz, hubo de hacer dos viajes, de obediencia y de amor, a las montañas de Judea y a Belén. Nació en un establo y fue coloca do sobre un pesebre. Huyó a Egipto, y vivió luego hasta los treinta años de manera pobre, en una pequeña casa, desempeñando un oficio tosco en una ciudad despreciada. A continuación, llegada la hora de predicar, no tenía donde reclinar su cabeza, y anduvo de una ciudad a otra como un extraño en la Tierra. Estuvo en el desierto y habitó por un tiempo entre animales salvajes. Soportó frío y calor, hambre y cansancio, reproches y calumnias. Su comida era pan vulgar y pescado corriente, y en ocasiones dependía de la hospitalidad ajena. E igual que abandonó la majestad del Padre en lo alto y eligió una morada terrena, así también, por deseo del Padre, dejó el único consuelo que le había sido dado en este mundo y se privó a sí mismo de la compañía de su Madre. Se separó de ella y en apariencia la ignoró, como Leví, tipo del Redentor, que mereció el sagrado ministerio cuando dijo a sus padres y familiares: "No os conozco". Jesús ejemplificó en su propia vida la severa máxima que dio a sus discípulos: "El que ama a su madre más que a mí no es digno de mí" (cfr. Mt X, 37). Sacrificó en todo cualquier deseo de su voluntad, para que entendamos que si Él, el Creador, vino a su propio mundo no a buscar su agrado sino a hacer la voluntad de su Padre, nosotros tenemos también probablemente una tarea que realizar y hemos de preguntarnos con seriedad cuál sea.

Una tarea que realizar

Así es, hermanos míos. Toda persona que respira, pobre o rica, cultivada o ignorante, joven o anciana, hombre o mujer, tiene una misión, un trabajo que cumplir. No hemos sido enviados a esta Tierra para nada. No hemos nacido por casualidad. No estamos aquí para dormir durante la noche, levantarnos por la mañana, buscar el alimento, beber y comer, reír y bromear, ofender a Dios cuando nos viene en gana, reformar nuestra vida cuando nos cansamos de pecar, criar hijos y morir. Dios contempla a cada uno de nosotros, crea toda alma, la infunde, una a una, en un cuerpo, y lo hace con una intención. Nos necesita, se digna necesitar a cada uno de nosotros. Tiene un plan para cada hombre. Somos iguales en su presencia, y nos sitúa en diferentes circunstancias y estados, no para hacer en ellos lo que nos plazca. sino en orden a trabajar para Él. Igual que Cristo tuvo una tarea, nosotros tenemos la nuestra. Igual que Él cumplió gozoso su trabajo, también nosotros hemos de alegrarnos en el nuestro.

San Pablo se refiere en cierta ocasión al mundo como a la escena de un teatro. Consideremos lo que quiere decir. Como sabéis los actores que aparecen sobre un escenario son iguales, pero asumen papeles diferentes en la obra que representan: unos son poderosos y otros humildes, unos son alegres y otros melancólicos. Sería entonces absurdo que un actor presumiera de la diadema ficticia que le

adorna en el tablado, o de la espada sin filo que lleva, en vez de atender a su papel. Sería ridículo que pasara el tiempo contemplándose a sí mismo en su lujoso vestido o que usara en provecho particular las partes valiosas del atuendo. ¿Acaso su cometido es otro que desempeñar adecuadamente el personaje encomendado? El sentido común no nos indica otra cosa. Pues bien, nosotros somos únicamente actores en este mundo. Somos iguales unos a otros, y como iguales seremos juzgados tan pronto como la vida concluya. Pero siendo semejantes, cada uno desempeña un trabajo específico y ha recibido una misión peculiar, que le exigen no ceder ante las pasiones, no dedicarse a ganar dinero, no perseguir como meta única un nombre en el mundo, no rehusar el esfuerzo, no seguir su capricho, no ser egoísta, sino hacer lo que Dios le pide.

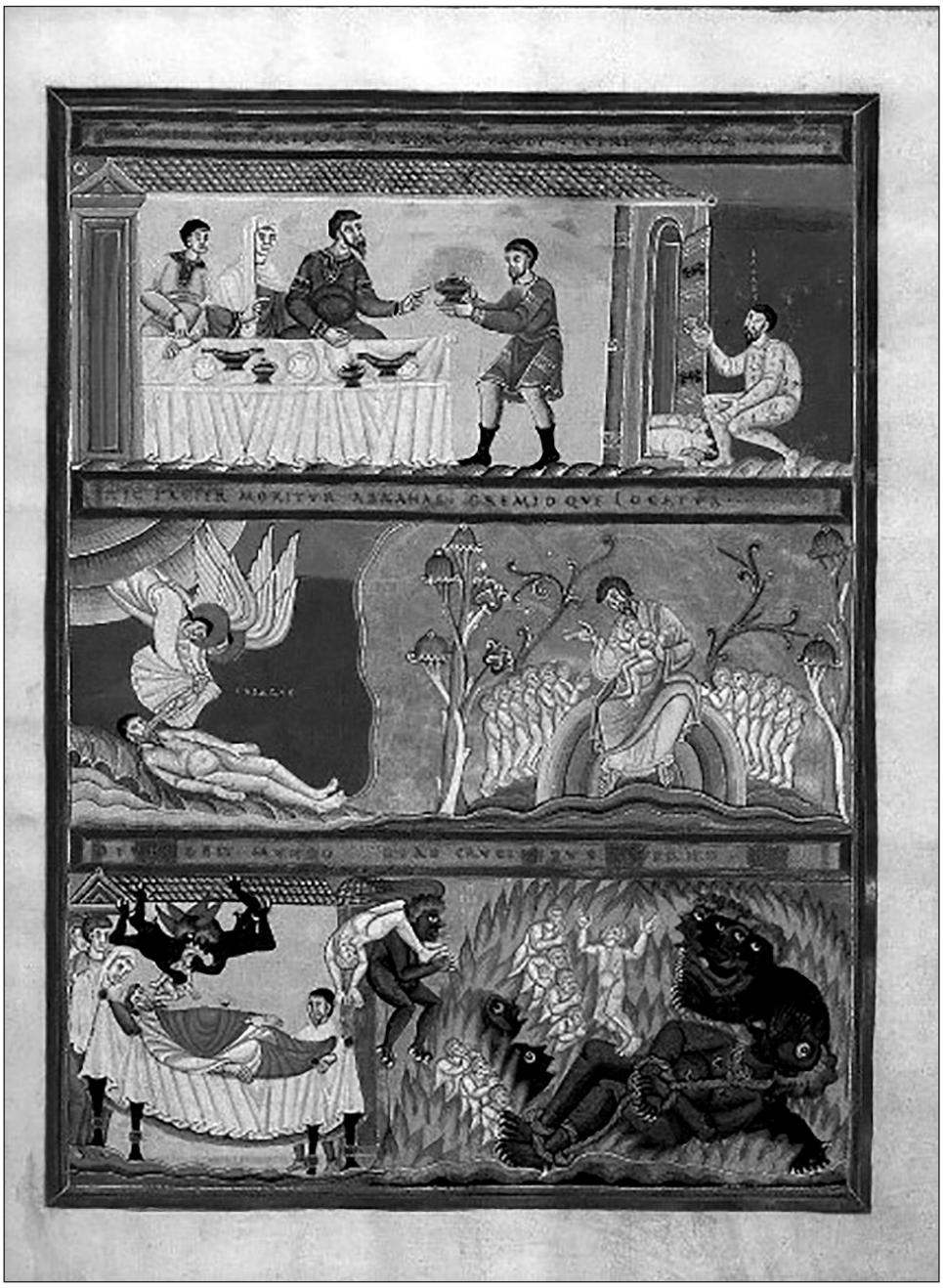
Observad a ese hombre desdichado del Evangelio, llamado Epulón. ¿Pensáis que entraba en su mente que debía gastar sus riquezas no en sí mismo sino para gloria de Dios? Sin embargo, a causa de este olvido se perdió para siempre. Os diré lo que pensaba y cómo veía las cosas. Era joven, heredó grandes propiedades y se entregó a una vida de placeres. No se le ocurrió pensar que sus riquezas tuvieran otro fin que permitirle vivir lujosamente. Lázaro yacía a su puerta. Podía haberle socorrido: ésa era ciertamente la voluntad de Dios. Pero él consiguió acallar su conciencia y se persuadió a sí mismo que sería un necio si no aprovechaba al máximo este mundo mientras podía hacerlo. Se resolvió consiguientemente a perseguir siempre y en todo su satisfacción personal. "Todos los días banqueteaba espléndidamente" (cfr Lc XVI, 19). Sus bienes y utensilios –casa, muebles, vajillas, sirvientes– eran de la mejor clase. Todo se dedicaba al disfrute y a la ostentación, a atraer la atención del mundo y a ganar el aplauso de los vecinos, compañeros de sus pecados.

Estos amigos eran dignos de él, hombres a la moda, refinados, soberbios, comilones, sibaritas, exactos, sensuales, con oídos y lengua diestros en la impureza, ministros y testigos –en todo pensamiento, palabra y acción– del mal que reinaba en ellos; gente exquisita y correcta en ideas y juicios a la hora de establecer reglas para pecar; hombres sin corazón, egoístas, puntillosos, que evitaban a Lázaro, postrado a la entrada, como ave de mal agüero a quien el buen gusto exigía mantener lejos. Epulón era uno de estos, y como tal vivió el corto espacio de su vida, consciente y amante de nada excepto de sí mismo, hasta que un buen día, después de una violenta querella con alguno de sus compañeros o de un ataque de peligrosa enfermedad, se encontró inmóvil en su lecho. Allí pasaba los días maldiciendo su fortuna e impaciente con su médico por no sentirse mejor y no estar en condiciones de disfrutar su juventud. Se imaginaba mejorar, cuando en realidad su mal crecía, y se irritaba con quienes no le dirigían palabras de consuelo en su perplejidad, a la vez que el dolor en aumento le separaba más y más de su Creador. Finalmente llegó su día, y murió, y fue sepultado. Así terminaron su vida y su misión.

Una vida superficial

Este ha sido el destino de vuestro ídolo y modelo, oh jóvenes –si hay alguno presente–, que aun que no poseéis riqueza ni rango social imitáis, sin embargo, el estilo de quienes los poseen. Vosotros, hermanos míos, no procedéis de casa aristocrática, no os habéis formado en los centros de alta educación, no os relacionáis con la sociedad opulenta, ni os interesa su tono de vida, no cultiváis el sentido romántico del honor, ni merodeáis en torno a las mansiones de los poderosos. Y a pesar de todo, imitáis las faltas de Epulón sin participar en su refinamiento.

Pensáis que es propio de un caballero mantenerse por encima de la religión, criticar a las personas que creen y practican, mirar con imparcial desprecio a católicos y a metodistas, adquirir un barniz de conocimientos en asuntos varios, conocer las numerosas publicaciones frívolas y populares del momento, leer la última novela, escuchar a los cantantes y ver a los actores de moda, estar al día en noticias, conocer los nombres de los personajes públicos para inclinarse ante ellos, andar por la calle con la cabeza alta y mirar todo lo que



El pobre Lázaro y el rico epulón, miniatura perteneciente al Codex Áureus de Echternach. Entre 1030-1050, encargo de Enrique III del Sacro Imperio Romano Germánico. Museo Nacional Germano de Núremberg

encontráis. Y por supuesto, decir y hacer cosas peores, de las que estas extravagancias son únicamente el símbolo.

¡Para esto imagináis haber venido a la Tierra! Por lo visto, el Creador os dio la existencia para esta triste tarea, para ser una mala imitación de la impiedad decorosa, una pieza de exquisitez marchita, un perfume sin frescor que sólo ofende los sentidos.

¡Ojalá pudierais ver lo absurdo y mezquino de esas pretensiones a los ojos de cualquier hombre excepto vosotros! Todo camino en la vida es digno. Quien actúa según su condición y tarea a nadie parecerá ridículo. Quien actúa con buen sentido y humildad hará un papel excelente en todas las situaciones de la vida. Por el contrario, la ostentación, la afectación y los esfuerzos ambiciosos resultan vulgares en cualquier circunstancia. Procurad, por tanto, alejar los de vosotros y

despreciarlos. ¡Ojalá os deis cuenta de que tenéis alma y os apiadéis de ella! Dirigíos antes de que sea tarde a Quien es fuente de todo lo verdaderamente alto, magnífico y bello, todo lo que es brillante y placentero; y encontrad lo que inconscientemente buscáis, en Aquel a quien de manera tan insensata habéis despreciado.

Solo Él, el Hijo de Dios, es causa de todo bien y toda felicidad para ricos y pobres. Por muy altos que estéis en la escala social, necesitáis a Cristo; por muy bajos que estéis, podéis siempre ofenderle. Los pobres pueden ofenderle, pueden descuidar las llamadas divinas tanto como los ricos. No penséis que mis observaciones sobre las clases altas y medias no pueden, si sois pobres, aplicarse también a vosotros. Un hombre pobre como Lázaro es capaz de tanta culpa como Epulón. Si habéis resuelto degradaros al nivel de los animales, que no tienen razón ni conciencia, no necesitáis riqueza ni rango para conseguirlo. Las bestias no tienen dinero, ni situación social, ni púrpuras, mesas espléndidas o servidores, y sin embargo bestias son. Lo son por ley de su naturaleza. Son pobrísimas entre los pobres. No hay vagabundo tan pobre como ellas. Se diferencian de él no en los bienes materiales sino en carecer de alma, y en que el hombre pobre tiene una misión y ellas no la tienen, él puede pecar y ellas no pueden.

Es evidente, hermanos míos, que una persona puede perder el sentido con una bebida pésima igual que con un licor costoso; puede robar el dinero ajeno para satisfacer sus apetitos, si no quiere gastar el propio; puede violar las leyes naturales y sociales que le rodean, y profanar la santidad de los deberes familiares, aunque no sea hijo de aristócratas, sino de campesinos o artesanos. No es una bendición del pobre experimentar menos tentaciones de egoísmo y sensualidad, pues sufre tantas como cualquiera. La pobreza es, para quienes la viven, madre de muchos dolores y penas que son como mensajeros de Dios que invitan al arrepentimiento. Pero si el hombre pobre cede ante sus pasiones, olvida la religión, difiere la penitencia y muere sin conversión, importa poco que haya sido indigente en este mundo, importa poco que haya sido menos audaz que el rico o que se haya prometido a sí mismo el favor del Cielo. También Lázaro, en este caso, será sepultado con Epulón, y no habrá tenido consuelos en este mundo ni en el otro.

El engaño de servir a dos señores

La cuestión es –al margen de la posición social– si uno cumple, en donde está, la misión que Dios le ha encomendado. Prestemos atención ahora a otro tipo muy diferente de hombres que, al ser interpelados sobre estos temas, esquivan la pregunta y dicen: "No nos dejáis más alternativas que ser pecadores o santos. Se nos coloca delante, por un lado, la figura del Señor, y se extiende ante nosotros como segunda opción la culpabilidad y ruina de un criminal plenamente consciente de sus faltas. En realidad, nosotros no pretendemos ir tan lejos en ninguno de los dos caminos. No ambicionamos llegar a santos, pero tampoco deseamos en absoluto ser pecadores. No queremos ignorar la voluntad de Dios ni prescindir de la nuestra. Debe haber un camino intermedio en el que la voluntad divina y la nuestra puedan encontrarse y quedar satisfechas. Tenemos intención de disfrutar este mundo y gozar también del más allá. Evitaremos el pecado mortal, pues no parece necesario ni posible resistir las faltas veniales. Solamente los santos son capaces de hacerlo. Es la meta de toda una vida y no es cuestión de intentarla. No somos monjes, vivimos en el mundo, tenemos negocios y familia, nos es preciso vivir al día. Es ya un consuelo guardarse del pecado grave, lo hacemos y nos basta para la salvación. Es cosa excelente que nos mantengamos en gracia de Dios, pues, ¿qué más podemos desear? Acudimos a los sacramentos, que nos fortalecen y estimulan. Si muriéramos, lo haríamos en el favor de Dios, y escaparíamos al destino de los malos. Pero si intentásemos ir más adelante, ¿dónde deberíamos parar ?, ¿a qué altura estableceríamos el límite? Sabemos bien que la línea de separación entre faltas graves y leves es muy clara. Pero si comenzamos a combatir nuestros pecados veniales, no existiría razón para repudiar unos con preferencia a otros. Si contenemos la ira, ¿por qué no con-

tener la vanidad?, ¿por qué no evitar también la envidia, la mentira, la murmuración y la glotonería? Después de todo, no podemos estar sin pecado leve, salvo que tuviésemos el privilegio de la Madre de Dios, que es propio de ella y de nadie más. Entendemos que no se nos invita a la conversión, porque nos hemos convertido hace ya tiempo. Se nos invita a un vago e indefinido proyecto, menor que la perfección y superior a la obediencia, que sin producir ventajas concretas nos bloquea los placeres y dificulta las obligaciones de este mundo".

Militancia cristiana

Así discurrís. Pero vuestras premisas son más correctas que vuestro razonamiento, y las conclusiones no se sostienen. Es cierto que Dios os ha colocado en el mundo para que un día lleguéis al Cielo. Es cierto también que, si lográis ir allí, no podéis desear nada mejor. Concedo asimismo que no es fácil evitar el pecado venial. No estáis del todo obligados a ser santos y a buscar la perfección. Pero no se sigue de ello que, con tales ideas y sentimientos, os esforcéis ni siquiera para llegar al Purgatorio.

¿Contiene vuestra práctica religiosa alguna dificultad, u os resulta fácil en todos los aspectos? ¿Buscáis simplemente la comodidad en vuestro modo de vivir, o encontráis además alegría en so meteros al querer de Dios? En una palabra, ¿es vuestra religión un trabajo? Porque si no lo es, no es religión en absoluto. Aquí tenemos ya, antes de examinar vuestro razonamiento, la prueba de su incorrección, porque os lleva a concluir que mientras Cristo desarrolló una tarea, y los santos –los pecadores incluso– la cumplen igualmente, vosotros, por el contrario, que no sois santos ni pecadores, nada tenéis que hacer. Y si alguna vez tuvisteis una misión, la consideráis ya cumplida.

Se diría que habéis alcanzado vuestra salvación antes del tiempo fijado y que, al permanecer en la Tierra más de lo previsto, nada os queda en qué ocuparos. Los días de trabajo han terminado para vosotros, y ha comenzado una perenne vacación.

San Pablo, estatua en la Basílica de San Pedro, Roma.

¿Pero acaso os envió Dios al mundo, a diferencia de otros hombres, para estar ociosos en lo espiritual? ¿Es vuestra única misión buscar satisfacciones en una Tierra donde sois peregrinos y viajeros de paso? ¿Sois más que los hijos de Adán, destinados a obtener el pan con el sudor de la frente antes de volver a la morada de donde salieron? A menos que trabajéis, os esforcéis y luchéis contra vosotros mismos no podéis llamaros seguidores de aquellos que "a través de muchos afanes entraron en el reino de Dios".

El combate es señal genuina de un cristiano. El cristiano es soldado de Cristo, no otra cosa. Si habéis vencido al pecado mortal, como decís, entonces debéis combatir vuestras faltas veniales: no hay más remedio, si sois soldados de Cristo. Pero tratad de no ser ingenuos. No penséis haber

conseguido un triunfo definitivo. No podéis vivir en paz con enemigos de Dios, ni siquiera los más insignificantes. Si condescendéis con vuestros pecados veniales, sabed que junto a ellos y bajo su sombra acecha el pecado mortal. Los pecados mortales son criatura de los veniales, que a pesar de no ser letales por sí mismos, tienden a la muerte. Imagináis haber aniquilado a los gigantes que dominaban vuestro corazón, y que nada debéis ya temer. Pero los gigantes amenazan aún, pueden surgir todavía del polvo y esclavizaros de nuevo antes de que reaccionéis.

La consumación de un propósito es la única prueba de haberlo cumplido. Así fue el gozo del Señor en su solemne última hora al haber hecho la obra para la que fue enviado. "Te he glorificado en la Tierra –dice en su oración al Padre–; he terminado la misión que me confiaste; he manifestado Tu nombre a cuantos me diste… " (cfr. lo XVII, 4, 6). Fue asimismo la consolación de san Pablo: "He librado la buena batalla –exclama–; he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Ahora me aguarda la corona de justicia que el Señor, justo Juez, me entregará en aquel día" (cfr. II Tim IV, 7).

¡Qué diferente será nuestra imagen de las cosas cuando muramos y pasemos a la eternidad, respecto a los sueños e imaginaciones que nos engañan ahora! ¿Qué hará el mundo entonces por nosotros? ¿Rescatará nuestras almas del purgatorio o quizás del infierno? Hemos sido creados para servir a Dios; hemos recibido talentos para glorificarle; tenemos una conciencia para obedecerle; se nos ofrece la perspectiva del Cielo para que la mantengamos siempre ante nuestra mirada; se nos han concedido la luz y la gracia para seguirlas y salvarnos mediante su auxilio.

¡Desgraciados los que han muerto sin cumplir su misión, los que llamados a la gracia han vivido en pecado, los que invitados a adorar a Cristo han preferido el mundo incrédulo y loco, los que convocados a luchar han permanecido ociosos, los que invitados a ser católicos se han detenido en la religión de sus padres!

¡Triste destino el de quienes recibieron dones y no los han usado o los han usado mal; alcanzaron riquezas y las gastaron sólo en sí mismos; tuvieron talento, y defendieron lo pecaminoso, ridiculizaron lo verdadero o sembraron dudas contra lo sagrado; dispusieron de tiempo y lo dilapidaron con malas compañías, libros perversos o diversiones frívolas! ¡Pobres aquellos que, siendo alabados por su vida anodina o naturalmente bondadosa, nunca intentaron purificar sus corazones y vivir en la presencia de Dios!

El mundo pasa de una edad a otra, pero los santos ángeles y los elegidos de Dios no cesan de dolerse ante la pérdida de vocaciones, la destrucción de esperanzas, el desprecio del amor de Dios y la ruina de las almas. Una generación se añade a otra en el Cielo, y cuando dirige su mirada hacia la Tierra apenas divisa otra cosa que un ejército de espíritus guardianes, melancólicos y pensativos, que siguen con ansiedad los pasos del hombre encomendado a su custodia y tratan, muchas veces en vano, de protegerle de sus enemigos. Los tiempos discurren, el hombre no acaba de creer que lo que es ahora, dentro de poco no será, y que otras cosas, no presentes aún, serán durante toda la eternidad.

Al final espera el juicio; el mundo pasa; es como un artificio y un escenario; orgullosos palacios se derrumban, la atareada ciudad ha enmudecido y las naves de Tarsis no se ven ya. La muerte sorprende a todo corazón y a toda carne; el velo se ha rasgado. Alma que te diriges hacia la eternidad, ¿cómo has empleado tus talentos, tus oportunidades, la luz que se te dio, las advertencias recibidas, la gracia que Dios infundió en ti?

¡Oh Señor y Salvador nuestro, ayúdanos en aquella hora con la fuerza de tus Sacramentos y la suavidad de tus consuelos! Que las palabras de absolución desciendan sobre mí, y el santo óleo me unja, y tu Cuerpo sea mi comida, y tu Sangre me rocíe. Que mi dulce Madre María respire sobre mí, y mi ángel me susurre paz, y mi querido padre san Felipe sonría, de modo que yo obtenga el don de la perseverancia y muera, como deseo vivir, en Tu fe, Tu Iglesia, Tu servicio y Tu amor.●–

Parochial and Plain Sermons, V, 15, pp.209-221
Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 1º de abril de 1838

Pecados de debilidad

Epifanía

Comentario y traducción
FERNANDO MARÍA CAVALLER

Como nota introductoria a este sermón, parece conveniente recordar que Newman, todavía anglicano, no usa la terminología habitual y propia de la tradición católica romana, y habla de pecados de debilidad, involuntarios, distinguiéndolos de los pecados voluntarios que quitan la gracia santificante. La terminología católica habla de pecados veniales, distintos de los pecados graves o mortales, y usa la expresión pecados de debilidad para distinguirlos de los pecados de malicia, pero algunos de estos pecados de debilidad, si son plenamente voluntarios y conllevan materia grave, quitan la gracia. No se trata de los que aquí Newman llama "pecados de debilidad".

"La carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais." (Gal 5,17)

Es común decir de la Iglesia Católica, y podemos recibirlo con humildad y agradecimiento, que, aunque existe error, discrepancia y pecado en grado extremo en sus miembros separados, aun así, lo que hacen en común, en combinación, reunidos juntos, o lo que reciben o permiten universalmente, es divino y santo; y que los pecados de los individuos están desautorizados, y sus andanzas guiadas y convertidas de modo que terminen en la verdad, a pesar de, o incluso en cierto sentido, por medio del error. No como si el error tuviera algún poder de llegar a la verdad, o fuera una condición previa necesaria, sino porque a Dios Todopoderoso le agrada realizar Sus grandes propósitos en y a través de la debilidad y el pecado humano. Así, Balaam tuvo una palabra puesta en su boca en medio de sus encantamientos, y Caifás profetizó en el acto de persuadir la muerte del Señor.

Lo que es verdad de la Iglesia como cuerpo, lo es también de cada miembro suyo que cumple su llamado: los resultados constantes de su fe, por así llamarlos, son rectos y santos, pero el proceso a través del cual se obtienen es imperfecto; de modo que para que podamos ver su alma como la ven los ángeles, visto a distancia él aparecería joven en su rostro y luminoso en su vestir, pero si nos acercamos, su cara tiene arrugas de preocupación y su ropa es andrajosa. Su virtud parece, no digo superficial, pues sería dar una idea muy equivocada, sino que, aunque es profunda en él, no está total y entera en su profundidad, como si fuera el resultado de una lucha continua con el pecado, no

El pecado original (detalle de la ermita de la Vera Cruz de Maderuelo, Segovia, siglo XII).

de naturaleza espontánea, sino de autodominio habitual.

La fe verdadera no se encuentra aquí abajo en paz, sino más bien en conflicto; y no es prueba de que un hombre no esté en estado de gracia porque peque continuamente, con tal que esos pecados no permanezcan en él como lo que podría llamarse el resultado final, sino que estén siempre pasando hacia algo, más allá y diferente de ellos mismos, verdadero y recto. Así como alcanzamos la felicidad a través del sufrimiento, así llegamos a la santidad a través de la debilidad, porque la verdadera condición del hombre es su naturaleza caída, y para salir del país del pecado necesariamente pasa a través de él. Y por eso los hombres santos se guardan de considerarse satisfechos consigo mismos, o de descansar en cualquier cosa que no sea la muerte de nuestro Señor, como fundamento de confianza; pues, aunque esa muerte en su medida ya ha producido vida en ellos, y ha realizado el propósito para el cual tuvo lugar, ellos se ven como pecadores, y su renovación les está oculta por las circunstancias que la acompañan. Todo lo

que pueden decir de sí mismos es que no están al servicio de esos pecados que los excluiría claramente de la gracia; pero qué poca esperanza firme puede fundarse en semejante evidencia negativa queda claro por las propias palabras de san Pablo sobre el tema, hablando de las censuras que le hicieron los corintios: "Es verdad que mi conciencia nada me reprocha", es decir, no soy consciente de nada, "pero no por eso estoy justificado: mi juez es el Señor" (1 Cor 4, 4). Así como los hombres en una batalla no pueden ver cómo va, así también los cristianos no tienen signos ciertos de la presencia de Dios en sus corazones, y no pueden sino mirar hacia su Señor y esperar tímidamente. Por eso adoptan con facilidad las conocidas palabras, no como expresando una cuestión de doctrina, sino como la propia experiencia acerca de ellos mismos. "El pequeño fruto que tenemos en la santidad, Dios lo sabe, es corrupto y defectuoso; no tenemos confianza ninguna en él; …nuestra súplica continua es, y debe ser, que soporte nuestras debilidades y perdone nuestras ofensas".[1]

Enumeremos ahora algunas de las debilidades de las que hablo, que, mientras ciertamente acosan a aquellos que no están en gracia de Dios, y con graves añadiduras y agravantes fatales, son también posibles en un estado aceptable, y no implican en sí mismas la ausencia de una fe verdadera y viva. Este repaso servirá para hacernos más humildes a todos, y quizás pueda alentar a los que están deprimidos por sentir un llamado tan alto, recordándoles que nos están reprobados, aunque no son del todo lo que deberían ser.

1. En cuanto a los pecados que nos manchan, aunque sin el consentimiento voluntario como para perder la gracia, debo mencionar primero el pecado original. Cómo es que nacemos bajo una maldición que no causamos nosotros, no lo sabemos; es un misterio; pero cuando nos hacemos cristianos, esa maldición es removida. No estamos más bajo la ira de Dios; nuestra culpa es perdonada, pero la infección permanece aún. Quiero decir que tenemos aún un principio maligno dentro nuestro, que deshonra nuestros mejores servicios. Hasta qué punto, con la gracia de Dios, somos capaces de purificar, contener y destruir a tiempo esta infección, es otra cosa; pero no es removida inmediatamente por el Bautismo, y siendo así es ciertamente la más grave humillación para aquellos que se esfuerzan en "vivir de una manera digna del Señor, agradándole en todo" (Col 1, 10). Es involuntario y por tanto no nos quita la gracia; pero en sí mismo es muy miserable y humillante, y cada uno lo descubrirá en sí mismo, por poco que se observe. Quiero decir, lo se llama el viejo Adán, orgullo, profanidad, mentiras, increencia, egoísmo, codicia, la herencia del Árbol del conocimiento del bien y del mal; pecados que las palabras de la serpiente sembraron en los corazones de nuestros primeros padres, que brotaron y dieron fruto, el treinta, el sesenta o el ciento por uno, y que nos han sido trasmitidos por descendencia carnal.

2. Otra clase de pecados involuntarios, que a menudo no son tales como para quintarnos la gracia, no más que la infección de naturaleza, pero son más humillantes y angustiosos, consisten en los que brotan de nuestros hábitos de pecado anteriores, aunque ahora hayan sido abandonados hace tiempo. No podemos deshacernos del pecado cuando queremos; aunque estemos arrepentidos y Dios nos perdone, todavía permanece su poder en nuestras almas, en nuestros hábitos y en nuestra memoria. Le ha dado color a nuestros pensamientos, palabras y obras; y aunque, con muchos esfuerzos, quisiéramos acabar con él, no es posible sino gradualmente. Los que han sido perezosos, o engreídos, u obstinados, o impuros, o mundanos en su juventud, y luego vuelven a Dios, quisieran ser distintos de los que han sido, pero su antiguo yo se aferra a ellos como un vestido envenenado, y los devora. No pueden hacer lo que quisieran, y de tanto en tanto parecen volver atrás, a ese estado pagano que el Apóstol describe cuando clama: "¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?" (Rom 7, 24).

3. Otra clase de pecados involuntarios son los que brotan de la falta de autodominio, es decir, de

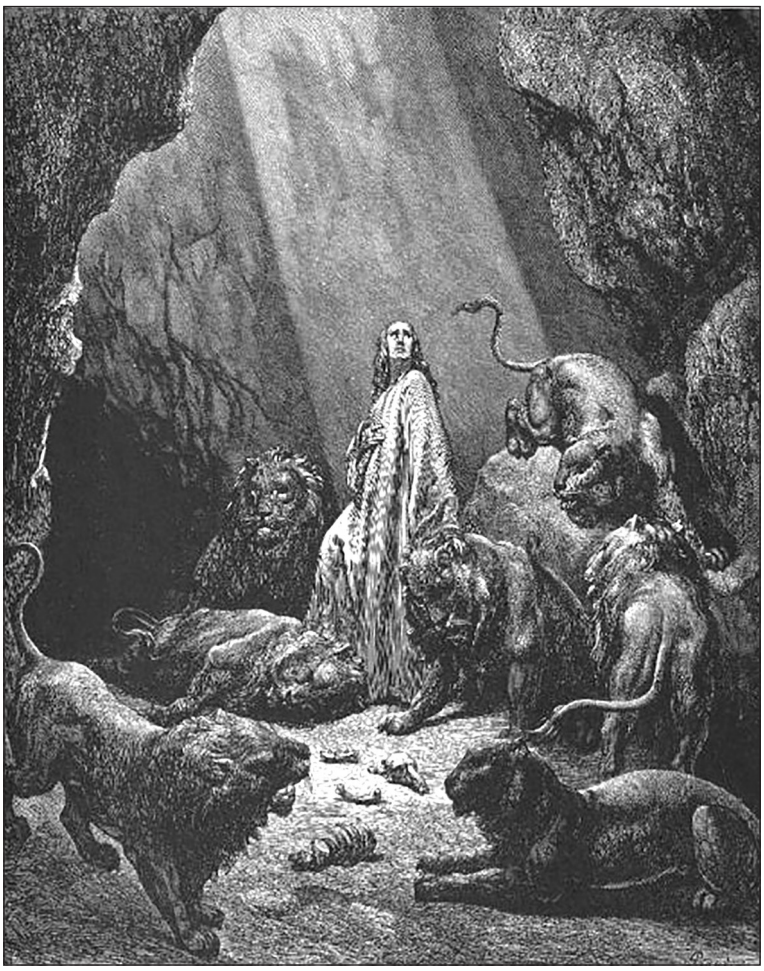
1 Newman cita una frase de *Hooker on Justification*, § 9.

una mente que posee más luz que fuerza, conciencia informada pero un principio de gobierno débil. El alma del ser humano está destinada a ser un gobierno bien ordenado, en el que existen muchos poderes y facultades, cada uno en su debido lugar; por ello, exceder sus límites es pecado; pero no pueden permanecer dentro de esos límites sin ser gobernados, y no estamos a la altura de esta tarea de gobernarnos sino después de un largo hábito. Mientras aprendemos a gobernarnos, estamos constantemente expuestos al riesgo, o más bien al hecho, de numerosos fracasos. Por otra parte, tenemos fracasos aunque triunfamos finalmente, y por eso, como acabo de decir, el proceso de aprender a obedecer a Dios es, en cierto sentido, un proceso de pecado, por la naturaleza del caso. Tenemos mucho para ser perdonado; más aún, tenemos mucho para ser perdonado cuanto más intentamos. Cuanto más elevados sean nuestros objetivos, mayores serán nuestros riesgos. Aquellos que arriesgan más con sus talentos, ganan más, y al final escuchan en su corazón las palabras "¡Bien, siervo bueno y fiel!" (Mt 25, 23); pero tienen tantas pérdidas de paso, que les parece que no han hecho nada sino fracasar. No pueden creer que han hecho algún progreso; y aunque lo hacen, seguramente tienen mucho para ser perdonado en todos sus servicios. Son como David, hombres sangrientos; han combatido el buen combate de la fe, pero están contaminados con la lucha.

No estoy hablando de casos de extraordinaria devoción, sino de lo que cada uno debe saber en su propio caso, de qué difícil es gobernarse a sí mismo y hacer lo que uno quiere hacer: qué débil es en su mente el principio de gobierno, qué pobre e imperfectamente llega a sus propias nociones de lo recto y lo verdadero, qué difícil es dominar sus sentimientos de dolor, enojo, impaciencia, alegría, o temor, qué difícil gobernar su lengua y decir justo lo que quisiera, qué difícil animarse a hacer lo que quiere a esta o aquella hora, qué difícil levantarse a la mañana, qué difícil cumplir con sus obligaciones y no estar ocioso, qué difícil comer y beber sólo lo que debiera, qué difícil fijar la mente en sus oraciones, qué difícil regular sus pensamientos durante el día, qué difícil sacar de su mente lo que deber ser sacado.

Somos irresolutos, excitables, afeminados, caprichosos, irritables, cambiantes, miserables. No tenemos señor sobre nosotros, porque estamos sometidos parcialmente al dominio del verdadero Rey de los Santos. Tratemos de obrar rectamente tanto como podamos, recemos fervientemente; pero, en tiempos de prueba, no llegamos ni siquiera a nuestra propia idea de perfección, nos quedamos cortos, o hacemos quizás justo lo opuesto a lo que habíamos esperado hacer. Mientras no hay tentaciones externas, nuestras pasiones duermen, y pensamos que todo está bien. Entonces pensamos, reflexionamos, y resolvemos lo que queremos hacer, y no prevemos ninguna dificultad. Pero cuando llega la tentación, ¿dónde estamos? Estamos como Daniel en el foso de los leones, y nuestras pasiones son los leones, pero no tenemos la gracia de Daniel para alcanzar de Dios que cierre la boca de los leones y no nos devoren. En ese momento, nuestra razón es como el pobre cuidador de bestias salvajes, que en circunstancias normales tiene fuerza con ellas, pero no cuando están excitadas. ¡Ay! Sea cual sea la afección del espíritu, ¡qué miserable es! Puede ser pereza, pesada y embotada, o cobardía que arroja sus enormes miembros a nuestro alrededor, nos aprieta, nos impide respirar, y hace que nos despreciemos mientras somos impotentes para resistirla; o puede ser la ira u otra baja pasión, que, en un instante, se escapa a nuestro control al ir tras su presa, para nuestro horror y desgracia; pero, de cualquier modo, ¡en qué miserable guarida de bestias se transforma el alma, y nosotros literalmente incapaces para evitarlo!

Por supuesto, no estoy hablando de *actos* de maldad, fruto de la voluntariedad: malicia, venganza, impureza, intemperancia, violencia, robo y fraude. El corazón pecador comete a menudo pecados que ocultan enseguida la luz del rostro de Dios. Me refiero a lo que fue el caso de Eva, cuando miró el árbol y vio que el fruto era bueno, pero antes de tomarlo, cuando la sensualidad había concebido y estaba por producir el pecado,



Daniel en el foso de los leones, Gustavo Doré.

antes de que el pecado se consumara y trajera la muerte. Estoy suponiendo que no nos excedemos como para alejar a Dios de nosotros, que Él encadena misericordiosamente a los leones ante nuestro clamor, para que no pasen de asustarnos con sus gemidos o rugidos, y antes de que caigan sobre nosotros para destruirnos. Sin embargo, ¡qué miseria, qué corrupción, qué sacrilegio, qué caos existe entonces en ese lugar que es templo del Espíritu Santo! ¿Cómo es que la lámpara de Dios no sale de ahí inmediatamente, cuando el alma parece precipitarse al infierno y la esperanza casi se ha ido? ¡Maravillosa misericordia, que soporta tanto! ¡Incomprensible paciencia del solo Santo para habitar en semejante desierto con las bestias salvajes! Pero tal es la promesa, no para aquellos que pecan con satisfacción después de haber recibido la gracia; no hay esperanza mientras pecan así; pero donde el pecado no es parte de un proceso, aunque siga siendo pecado, porque es pecado de nacimiento, o de hábitos contraídos hace tiempo, o de falta de autodominio que estamos tratando de alcanzar, Dios lo admite y perdona misericordiosamente, y "la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de" todo (1 Jn 1, 7)

4. Podría detenerme en los pecados en los que caemos porque nos toman desprevenidos, cuando la tentación es súbita, como el de san Pedro, cuando negó por vez primera a Cristo; aunque si llegó a tener un carácter distinto cuando lo negó por segunda y tercera vez, es otra cuestión.

5. También están aquellos pecados que surgen de las tentaciones del diablo, inflamando las heridas y cicatrices de pecados pasados ya curados, o casi, que excitan la memoria apresurándonos, y haciendo uso de lo que éramos contra lo que somos ahora, en contra de nuestra voluntad.

6. También podría hablar de aquellos pecados que brotan de una falta de experiencia práctica, o de la ignorancia acerca de cómo realizar las tareas que nos propusimos. Hay quienes intentan ser magnánimos pero sus actos son pródigos; o desean ser firmes y celosos pero sus actos son crueles; o desean ser benevolentes, pero actúan con complacencia y debilidad; hacen daño cuando quieren hacer el bien; asumen compromisos, o promueven proyectos, o dan opiniones, o establecen un modelo, de los que surge el mal; toleran el mal; confunden el error con la verdad; son entusiastas por falsas doctrinas; se oponen a la causa de Dios. Difícilmente uno puede decir que todo

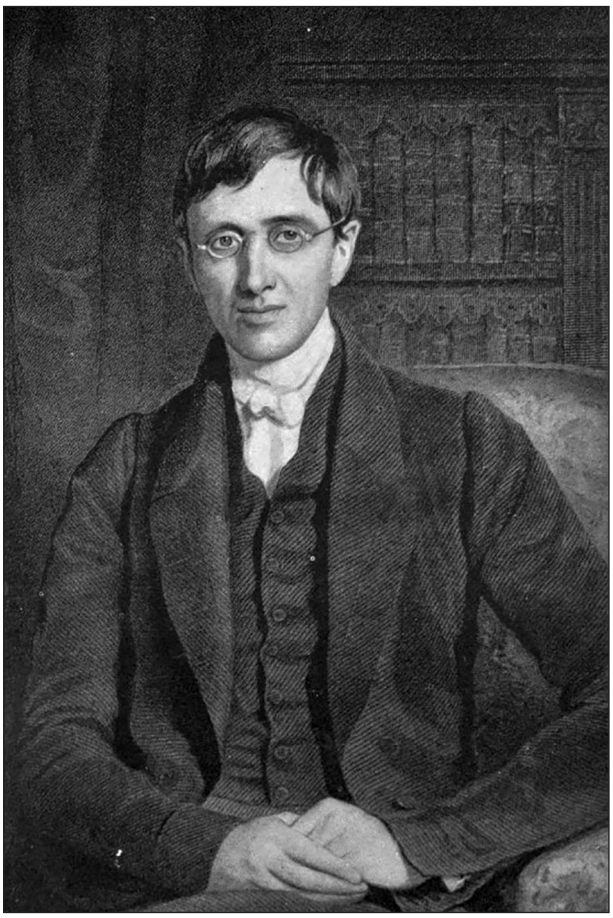
La negación de Pedro. Nicolás Tournier, 1626, Museo del Prado.

esto se da sin pecado, y sin embargo puede ser involuntario en ellos y perdonable por la oración de la fe.

7. Podría hablar de aquellos motivos indignos, visiones rastreras, errores de principios y falsas máximas que nos rodean por todos lados, y que tomamos (por así decir) unos de otros. Es ese espíritu del mundo que respiramos, y que contamina todo lo que hacemos, y que sin embargo puede decirse que sea una contaminación voluntaria, sino más bien que es un pecado compatible con la presencia de la gracia de Dios en nosotros, la cual lo acabará ocultando y desechando.

8. Y por último, mucho podría decirse sobre lo que la Letanía llama "negligencias e ignorancias, sobre olvidos, descuidos, falta de seriedad, frivolidades, y una variedad de debilidades de las que podemos ser conscientes en nosotros o ver en otros.

Estos son algunos tipos de pecados que podemos encontrar, si es así, donde la voluntad es recta y la fe viva. Y en tales casos no son incompatibles con el estado de gracia, y pueden llamarse debilidades. Por supuesto, debe recordarse siempre que las debilidades no siempre deben considerarse *como* debilidades; se encuentran también en aquellos que viven cometiendo pecados voluntarios, y que no tienen garantía alguna para considerarse en estado de gracia. Los hombres no cesan de estar bajo la influencia del pecado original, o pecados del pasado, no logran dominarse ni corrigen negligencias e ignorancias al añadir a estas ofensas otras de carácter más grave. Los que no están en gracia tienen debilidades y mucho más. Y existirá siempre una tendencia en esas personas para justificar sus pecados voluntarios como debilidades. Tenemos que tener esto siempre en cuenta. No pretendo trazar una línea entre debilidades y transgresiones; solamente digo que, se den estas debilidades en quien sea, suele pasar que se den en aquellos que están libres de transgresiones, y no necesitan abatirse o sentirse miserables por fallas que en sí mismas no destruyen la fe ni son incompatibles con la gracia. Quiénes son estos sólo lo sabe con certeza Aquel que "sondea las entrañas y el corazón", que "conoce cuál es la aspiración del Espíritu", y que "distingue entre el justo y el impío" (Sal 25, 2; Rom 8, 27; Mal 3, 18). En el laberinto de motivos en conflicto dentro nuestro, Él es capaz de rastrear la perfecta obra de rectitud que se desarrolla constantemente allí, y los rudimentos de un mundo nuevo que brota del caos. Puede discernir entre lo que es habitual y lo que es accidental, lo que crece y lo que decae, lo que es un resultado y lo que está indetermina-



do, lo que es de nosotros y lo que está en nosotros. Estima la diferencia entre una voluntad que se le dedica honestamente y la que es insincera. Y donde hay un espíritu dispuesto, Él "lo acepta con lo que tiene y no hace cuestión de lo que no tiene" (2 Co 8, 12). En aquellos cuya voluntad es santa, Él está presente para la santificación y la aceptación, y, así como los rayos del sol en alguna cueva de la tierra, Su gracia derrama luz por todas partes y consume todas las nieblas y vapores a medida que se elevan.

Es cierto que no tenemos un conocimiento como el Suyo. Por muy grande que sea el favor de Dios para con nosotros, la certeza de nuestra justificación no nos pertenece. Sin embargo, saber solamente esto, que las debilidades no son necesariamente un signo de reprobación, que los elegidos de Dios tienen debilidades, y que nuestros propios pecados pueden posiblemente no ser más que debilidades, es en sí mismo una consolación. Y reflexionar que, al menos Dios continúa visible en Su Iglesia; que no nos retira los auxilios de la gracia; que nos da medios de instrucción, modelos de santidad, guía religiosa, y buenos libros; que nos permite frecuentar Su casa y presentarnos delante de Él en la oración y la Santa Comunión; que nos da oportunidades de rezar personalmente; que nos ha dado un cuidado por nuestras almas, una ansiedad por asegurar nuestra salvación, un deseo de ser más estrictos y conscientes, más simples en la fe, más llenos de amor de lo que somos; todo esto ayudará a aliviarnos y animarnos, cuando el sentir nuestras debilidades nos haga temer. Más aún, si parece que Dios nos está haciendo Sus instrumentos por algún propósito Suyo, para enseñar, advertir, guiar, o confortar a otros, resistiendo el error, difundiendo el conocimiento de la verdad o edificando Su Iglesia, esto también infundirá en nosotros la creencia, no de que Él está realmente satisfecho con nosotros, pues el conocimiento de los misterios puede estar separado del amor, sino de que Él no nos ha dejado completamente abandonados a pesar de nuestros pecados, de que aún se acuerda de nosotros, nos conoce por el nombre, y desea nuestra salvación. Y más aún, si, a pesar de nuestras debilidades, podemos señalar algunas ocasiones en las que hemos sacrificado algo por el servicio de Dios, o algún hábito de pecado o alguna mala tendencia natural que hayamos superado más o menos, o alguna habitual negación de sí que practicamos, o alguna obra que hemos realizado por el honor y gloria de Dios, esto tal vez nos llene con la humilde esperanza de que Dios está obrando en nosotros, y por tanto está en paz con nosotros. Y, por último, si tenemos, por la misericordia de Dios, un sentido interno de nuestra sinceridad e integridad, si sentimos que podemos decirle a Dios con san Pedro que solo le amamos a Él y deseamos complacerle en todas las cosas, en la medida en que sintamos esto, o siempre que lo sintamos, tenemos la seguridad derramada en nuestros corazones de que gozamos de Su favor y estamos preparándonos para heredar Su Reino eterno.●—

Verses on Various Occasions, 97

St. Paul

I dream'd that, with a passionate complaint,
I wish'd me born amid God's deeds of might;
And envied those who had the presence bright
Of gifted Prophet and strong-hearted Saint,
Whom my heart loves, and Fancy strives to paint.
I turn'd, when straight a stranger met my sight,
Came as my guest, and did awhile unite
His lot with mine, and lived without restraint.
Courteous he was, and grave,—so meek in mien,
It seem'd untrue, or told a purpose weak;
Yet, in the mood, he could with aptness speak,
Or with stern force, or show of feelings keen,
Marking deep craft, methought, or hidden pride:—
Then came a voice,—"St. Paul is at thy side."

Off Sardinia.
June 20, 1833.

San Pablo en el Aerópago de Atenas. Alberto Carlieri, siglo XVII-XVIII.

TRADUCCIÓN JORGE FERRO

San Pablo

Soñé que, con queja apasionada
Deseaba haber yo nacido en medio de las proezas del poder de Dios.
Y que envidiaba a aquellos que tenían la presencia brillante de un profeta
Santo y genial, de fuerte corazón,
A quien mi alma ama y puja por pintar mi fantasía.
Y me volvía cuando aquel extraño erguido se cruzó frente a mi vista.
Surgió como mi huésped, y algún tiempo
Concordamos su sino con el mío y así lo vivimos sin reservas.
Cortés y solemne, tan humilde su carácter que mentira parecía,
O que fuera de débil voluntad pero de buen talante.
Sin embargo podía, con vivo hablar y firme fuerza
Revelar agudos sentimientos
Y profunda pericia, yo creía, así como un velado orgullo.
Entonces se oyó una voz diciendo "San Pablo está a tu lado".

Parochial and Plain Sermons Vol 6,1
Predicado en St. Mary the Virgin, Oxford, el 4 de marzo de 1838

El ayuno es motivo de prueba

Primer domingo de Cuaresma

TRADUCCIÓN FERNANDO MARÍA CAVALLER

«Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre» (Mt 4,2)

El tiempo litúrgico de humillación que precede a la Pascua dura cuarenta días en recuerdo del prolongado ayuno de nuestro Señor en el desierto. Por eso hoy, primer domingo de Cuaresma, leemos el evangelio en que se narra ese ayuno y en la Colecta le pedimos a Él, que por nosotros ayunó cuarenta días y cuarenta noches, que bendiga nuestra abstinencia para el bien de nuestro cuerpo y de nuestra alma.

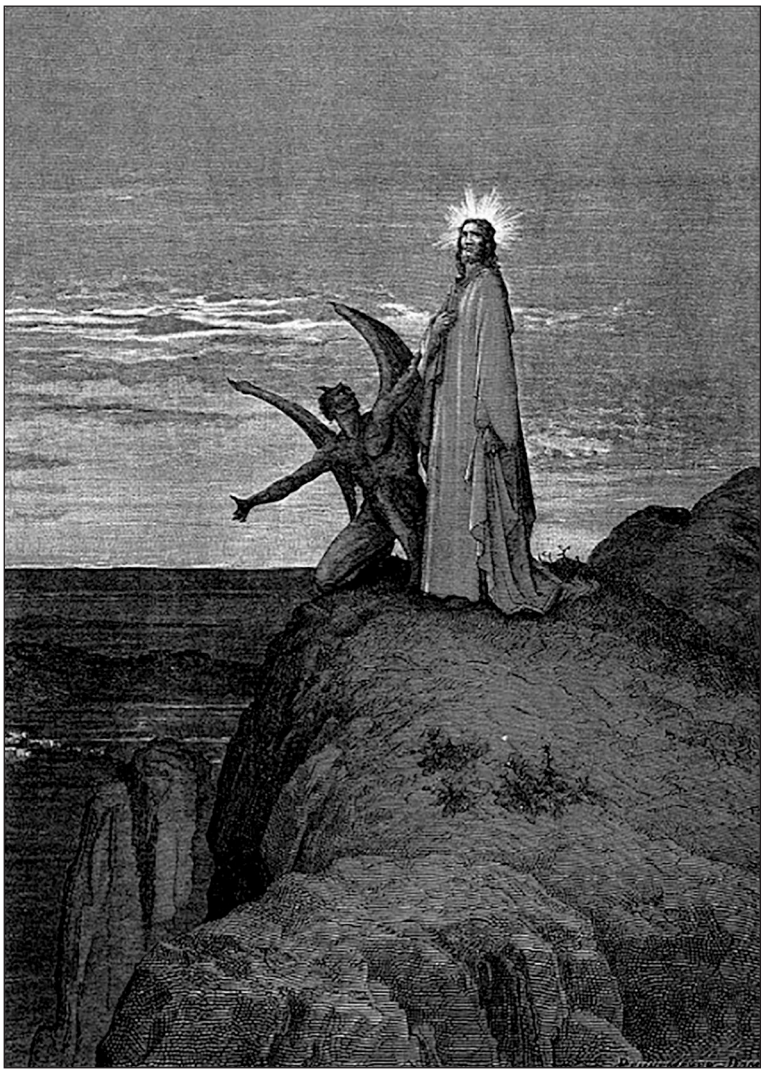
Ayunamos por penitencia y para someter la carne. Nuestro Salvador no tenía necesidad de ayunar por ninguno de esos dos motivos. Su ayuno no era como el nuestro, ni en su intensidad ni en su finalidad. No obstante, cuando comenzamos nuestro ayuno, se nos propone el ejemplo del Señor y seguimos ayunando hasta igualarle en el número de días.

Hay un motivo para esto: en verdad, no debemos hacer nada sin tener su ejemplo a la vista. Al igual que solo a través de Él podemos hacer el bien, nada será bueno si no lo hacemos por Él. Nuestra obediencia procede de Él; y hacia Él debe orientarse. "Sin mí no podéis hacer nada" (Jn 15, 5). No hay buenas obras sin la gracia y la caridad.

San Pablo dejó todo "con tal de ganar a Cristo, y vivir en él, no por mi justicia, la que procede de la Ley, sino por la que viene de la fe en Cristo, justicia que procede de Dios, por la fe" (Flp 3, 9).

Por tanto, nuestras buenas obras solo son aceptables cuando son hechas, no por ajustarse a la norma, sino en Cristo por la fe. Vanas fueron todas las obras de la Ley, porque carecían del poder del Espíritu. No eran más que los pobres intentos de la naturaleza humana desguarnecida para cumplir lo que, desde luego, era su deber cumplir, pero que no era capaz de cumplir. Nadie más que los ciegos y los carnales, o los sumidos en la más completa ignorancia, podían encontrar en sí mismos cosa alguna en que regocijarse. ¿Qué eran todas las justicias de la Ley, qué sus obras, incluso las que iban más allá de lo ordinario, sus ayunos y limosnas, su desfigurarse el rostro y afligir el alma; ¿qué era todo esto sino polvo y escoria, un despreciable servicio terrenal, una penitencia miserablemente desesperada, en la medida en que carecían de la gracia y la presencia de Cristo?

Ya podían los judíos humillarse, que no se elevaban espiritualmente, sino que caían en la carne; ya podían afligirse, que no les aprovechaba para su salvación; podían hacer penitencia, pero sin alegría; el hombre exterior podía perecer, pero el hombre no se renovaba por dentro día



La tentación en el desierto Gustavo Doré.

tras día. Soportaron el peso del día y del calor, y el yugo de la Ley, pero no "se convirtió para nosotros, incomparablemente, en una gloria eterna y consistente" (2 Cor 4, 17). Pero a nosotros Dios nos ha reservado algo mejor. En esto consiste ser uno de los pequeños de Cristo: poder hacer lo que los judíos pensaban que podían hacer, y no podían; tener en nosotros ese don con el que podemos lograr todas las cosas; ser poseídos por su presencia como vida nuestra, como nuestra fuerza, mérito, esperanza y corona; llegar a ser de manera admirable, miembros suyos, instrumento o forma visible, o signo sacramental, del Único, Invisible, Omnipresente Hijo de Dios, reiterando místicamente en cada uno de nosotros todos los actos de su vida terrena: su nacimiento, consagración, ayuno, tentaciones, pruebas, victorias, sufrimientos, agonía, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión. Él es todo en todo; nosotros con tan poco poder en nosotros, tan poco mérito y calidad como el agua del Bautismo, o el pan y vino de la Sagrada Comunión; pero fuertes, no obstante, en el Señor y en el poder de su brazo. Estos son los pensamientos con que celebramos la Navidad y la Epifanía; estos son los pensamientos que deben acompañarnos a lo largo de la Cuaresma.

Sí, incluso en nuestros ejercicios de penitencia, cuando menos podríamos haber esperado encontrar modelo en Él, Cristo se ha adelantado a santi-

ficarlos para nosotros. Ha bendecido el ayuno como medio de gracia, por el hecho de haber ayunado Él; y el ayuno solo es aceptable cuando se hace por Él. La penitencia es mero formalismo o puro remordimiento, si no se hace por amor. Si ayunamos y no nos unimos de corazón a Cristo, imitándole y pidiéndole que haga que nuestro ayuno sea el suyo, que asocie nuestro ayuno al suyo y que le comunique la fuerza de su ayuno, de manera que estemos en Él y Él en nosotros, estaremos ayunando como judíos, no como cristianos. En la liturgia de este primer domingo de Cuaresma, hacemos bien en poner ante nosotros el pensamiento de Él, cuya gracia debe habitar en nuestro interior, no sea que nuestras mortificaciones sean un puro batir el aire y nos humillemos en vano.

Hay muchas formas en que el ejemplo de Cristo puede servirnos de consuelo y ánimo en este tiempo del año. En primer lugar, bueno será insistir en el hecho de que nuestro Señor se apartó del mundo para confirmarnos que tenemos el deber de apartarnos del mundo, en la medida de nuestras posibilidades. Lo hizo de manera particular en el caso que estamos contemplando, antes de comenzar su vida pública; pero no es el único. Antes de escoger a sus apóstoles, se preparó de la misma manera. "En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios" (Lc 6, 12). Pasar la noche en oración era una penitencia del mismo tipo que el ayuno. En otra ocasión, tras despedir a la muchedumbre, "subió al monte a orar a solas" (Mt 14, 23), y en este caso, parece que permaneció allí gran parte de la noche. Y también, en medio de la excitación causada por sus milagros, "de madrugada, todavía muy oscuro, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí hacía oración" (Mc 1, 35). Teniendo en cuenta que nuestro Señor es el modelo perfecto de la naturaleza humana no podemos dudar que el fin de estos ejemplos de devoción estricta es que los imitemos, si queremos ser perfectos. Y este deber queda más allá de toda duda cuando encontramos ejemplos parecidos en los más eminentes siervos de Dios. San Pablo, en la epístola para el día de hoy, nombra entre otros sufrimientos que él y sus hermanos tuvieron "desvelos y ayunos" (2 Cor 6, 5) y, más abajo, dice que tuvieron "frecuentes vigilias" (2 Cor 11, 27). San Pedro se retiró a Jope, a la casa de un tal Simón, curtidor, en la costa, y allí ayunó y oró. Tanto Moisés como Elías obtuvieron auxilio en sus milagrosos ayunos, tan largos como el de nuestro Señor. Moisés, en dos momentos distintos, como nos cuenta él mismo: "después me postré en la presencia del Señor. Como la primera vez, estuve cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua" (Dt 9, 18). Elías, alimentado por un ángel, "con las fuerzas de aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches" (1 Re 19, 8). Y Daniel: "Volví mi rostro hacia el Señor Dios, implorándole con oraciones y súplicas, con ayuno, saco y ceniza" (Dn 9, 3). Y también: "Por aquellos días yo, Daniel, estaba cumpliendo un luto de tres semanas: no comía alimentos agradables, ni entraban en mi boca carne o vino, ni me ungí con perfume hasta haber pasado las tres semanas" (Dn 10, 2-3). Estos son ejemplos de ayuno a semejanza del de Cristo.

A continuación, señalo que el ayuno de nuestro Señor no fue más que un preliminar a sus tentaciones. Se retiró al desierto para ser tentado por el diablo, pero antes de ser tentado, ayunó. Y conviene subrayar que ese ayuno no fue una mera preparación para la batalla, sino que fue, en buena medida, el origen de la batalla. Está claro que, en lugar de fortificarle contra la tentación, lo que lograron su marcha al desierto y su abstinencia fue exponerle a ella. El ayuno fue la ocasión: "Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre" (Mt 4, 2); enseguida se presentó el tentador mandándole que convirtiera las piedras en panes. Satanás empleó el ayuno de Cristo contra Cristo.

Este es precisamente el caso de los cristianos que hoy se esfuerzan en imitarle; y está bien que lo sepan, para no desanimarse cuando practiquen la penitencia. Se suele decir que el ayuno tiene como fin hacernos mejores cristianos, más sobrios, y ponernos más completamente a los pies de Cristo en fe y humildad. Esto es verdad, viendo las cosas en conjunto. En conjunto, y en último término, se

producirá este resultado, pero no es verdad que se vaya a seguir de forma inmediata. Al contrario, semejantes mortificaciones tienen en el momento efectos muy distintos en las diferentes personas, y hay que considerarlos no partiendo de sus beneficios visibles sino de la fe en la palabra de Dios. El ayuno, sí, somete a algunos y los acerca a Dios de una forma inmediata, pero hay otros que en el más ligero ayuno encuentran una ocasión para caer. Por ejemplo, a veces se invoca como una objeción contra el ayuno, y como si fuera un motivo para omitirlo, el que vuelve a la gente irritable y de mal carácter. Confieso que a menudo ocurre así. Y también, lo que muy a menudo se sigue de él es una flojedad que priva a la persona del dominio de sus actos corporales, sentimientos y expresiones. Y ¿si, por ejemplo, parece descontrolado cuando no lo está; quiero decir, porque no es responsable de su lengua, labios y, en realidad, de su cabeza. No usa las palabras que quiere usar, ni el acento o el tono. Parece brusco cuando no lo es; y el darse cuenta de ello, y la reacción de esa conciencia sobre él, son una tentación, y de hecho lo vuelve irritable, sobre todo si la gente lo malinterpreta y piensa de él lo que no es. Además, la debilidad corporal puede privarle de autocontrol en otros puntos; quizá no puede evitar sonreír o reírse, cuando debería mantenerse serio, lo cual evidentemente resulta un trance penoso y humillante. O le vienen malos pensamientos de los que no logra librarse la mente, como si fuera ésta peso muerto y no espíritu, y le dejan un mal efecto por dentro que no es capaz de evitar. O la debilidad corporal a menudo lo vuelve incapaz de prestar atención a las oraciones vocales, en vez de rezar con más fervor. La debilidad corporal a menudo viene acompañada de languidez y flojedad, lo cual es una tentación seria de caer en la pereza. Aún no he nombrado el más penoso de los efectos que puede producir incluso el moderado ejercicio de este gran deber de los cristianos. Es innegable que el ayuno es una ocasión de pecado, y lo digo para que las personas no se sorprendan y se desanimen cuando se den cuenta de que esto es así. Y el mismo Señor misericordioso lo sabe por experiencia propia; y que Él lo haya experimentado y por tanto lo sepa, tal y como lo recoge la Escritura, es para nosotros un pensamiento lleno de consuelo. No quiero decir con esto, Dios no lo permita, que la menor mancha de pecado haya tocado su alma inmaculada, pero sabemos por la historia sagrada que, en su caso, y en el nuestro, el ayuno abrió el camino a la tentación. Y quizá la verdad más profunda de estas prácticas es que de una forma maravillosa y desconocida nos abren el mundo del más allá para bien y para mal y de alguna forma nos entregan a un extraordinario conflicto con los poderes del mal, Se cuentan historias (que sean verdaderas o no, poco importa, porque manifiestan lo que la voz de la humanidad estima como probable) de ermitaños del desierto que son asaltados por Satanás de peregrinas maneras, y que resisten al maligno y lo expulsan, como nuestro Señor, y con Su fuerza. E imagino que si conociéramos la historia secreta del alma de los hombres de cualquier época, encontraríamos esto (al menos, creo que no invento teorías): una llamativa combinación, en el caso de los que por la gracia de Dios avanzaron en las cosas sagradas (y sea cual sea el caso de los que no hicieron tales avances), una combinación de, por un lado, tentaciones de pensamiento y, por el otro, de no verse éste afectado por ellas, ni consentir la voluntad en ellas, ni siquiera momentáneamente, sino que las aborrecen y no les viene mal alguno de ellas. Al menos yo puedo concebir esto, y evidentemente, ha habido personas que se asemejaron y participaron en la tentación de Cristo, que fue tentado, y no pecó.

Que no se angustien los cristianos, si se encuentran expuestos a pensamientos que los llenan de aborrecimiento y terror. Al contrario, que semejante prueba les haga presente, con viveza y claridad, la bondad del Hijo de Dios. Porque si para nosotros es una prueba que nos vengan pensamientos a los que nuestro corazón es ajeno, ¿cuál no habrá sido el sufrimiento del Verbo Eterno, Dios de Dios, Luz de Luz, Santo y Verdadero, al verse tan expuesto a Satanás que podría haberle infligido todas las miserias excepto, el pecado? Desde luego, para nosotros es una prue-

La Parábola del juez injusto, óleo sobre panel de madera de Pieter de Grebber (1628), Museo de Bellas Artes de Budapest.

ba que el acusador de los hombres nos atribuya públicamente motivos y pensamientos que jamás tuvimos; es una prueba sentir que se nos meten subrepticiamente ideas de las que huimos; es una prueba para nosotros que a Satanás se le permita mezclar sus pensamientos con los nuestros, y que nos sintamos culpables cuando no lo somos; que pueda encender lo irracional de nuestra naturaleza de manera que en cierto sentido lleguemos a pecar contra nuestra voluntad. Pero ¿no es verdad que Alguien más grande ha sufrido esa prueba antes que nosotros y la ha vencido con más gloria? Él fue probado en todo, "de manera semejante a nosotros, excepto en el pecado" (Hb 4, 15). Por tanto, también en esto, las tentaciones de Cristo nos dan ánimo y consuelo.

Por tanto, quizá esta es una visión de las consecuencias del ayuno más verdadera de lo que se piensa normalmente. Por supuesto, con la gracia de Dios, al final siempre trae un beneficio espiritual a nuestras almas, y las mejora gracias a Él que lo causa todo en todo; y a menudo también supone un beneficio temporal en ese momento. Pero a menudo es al contrario: a menudo no hace sino volver más amables y susceptibles los corazones. Por tanto, en todos los casos hay que contemplar el ayuno como un acercamiento a Dios, un acercamiento a los poderes del Cielo y, sí: también a los poderes del Infierno. En este punto de vista hay algo muy tremendo. Por lo que sabemos las tentaciones de Cristo no son más que la plenitud de que, según el grado de nuestra debilidad y corrupción, ocurren a aquellos siervos suyos que lo buscan. Este es un motivo fuerte por el que la Iglesia asocia este tiempo de penitencia con la morada de Cristo en el desierto, para que no quedemos sujetos a nuestros pensamientos y, por así decir, a "las fieras salvajes" y nos desanimemos en la aflicción, sino que sintamos que somos lo que realmente somos: no esclavos de Satanás, hijos de la ira que gimen sin esperanza bajo el fardo del pecado, confesándolo y gritando "¡Infeliz de mí!" (Rm 7, 24), sino pecadores, y pecadores que se afligen y hacen penitencia por sus pecados, pero también hijos de Dios en quienes el arrepentimiento da fruto, y que al abajarse son exaltados, y que, al mismo momento que se arrojan a los pies de la Cruz, son soldados de Cristo con la espada en la mano que luchan una generosa batalla y saben que tienen ya, en ellos y sobre ellos, eso ante lo que los demonios tiemblan y huyen.

Y este es otro punto que hay que distinguir claramente en la historia del ayuno y las tentaciones de nuestro Señor: la victoria en que terminó. Tuvo tres tentaciones, y venció las tres. En la última dijo:

"Apártate, Satanás", y enseguida "le dejó el diablo" (Mt 4, 10-11). Esta lucha y esta victoria en

Jacob lucha contra el ángel, Gustavo Doré.

el mundo invisible se barrunta en otros pasajes de la Escritura. Lo más notable es lo que nuestro Señor dice sobre el endemoniado al que los apóstoles no pudieron curar. Acababa de bajar del monte de la Transfiguración adonde, por cierto, había subido con sus apóstoles predilectos para pasar la noche en oración. Bajó tras esa comunión con el mundo invisible y expulsó el espíritu maligno; y dijo: "Esta raza no puede ser expulsada por ningún medio, sino con la oración y el ayuno" (Mc 9, 29), lo cual equivale a decir que esos ejercicios otorgan al alma poder sobre el mundo invisible; y no hay motivos para suponer que haya que limitarlos a los primeros siglos del Evangelio. Creo que sobran pruebas, incluso en lo que hemos podido saber luego de los efectos de esos ejercicios sobre personas actuales (por no recurrir a la historia), para demostrar que esos ejercicios son instrumentos de Dios para dar a los cristianos un alto y regio poder sobre sus iguales.

Y dado que la oración es no solo el arma, siempre necesaria e infalible, en nuestra lucha contra el poder del mal, sino que la liberación del mal va siempre incluida como objeto de la oración, de ahí se sigue que cualquier texto que hable de nuestro dirigirnos a Dios Todopoderoso y vencerle con oración y ayuno, está hablando de esa lucha y promete esa victoria sobre el maligno. Así en la parábola, la viuda inoportuna que representa a la Iglesia en oración, se muestra no solo firme con Dios sino contra su adversario. "Hazme Justicia ante mi adversario" (Lc 18, 3), dice, y nuestro adversario es "el diablo, que, como un león rugiente, ronda buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe", dice san Pedro (1 P 5, 8-9). Hay que observar que en esta parábola se nos recomienda especialmente la perseverancia en la oración. Y esto es parte de la lección que nos enseña la prolongada duración de la Cuaresma: que no obtendremos nuestros deseos mediante la dedicación de un día suelto para hacer penitencia, O por una oración aislada, por muy fervorosa que sea, sino por ser "constantes en la oración" (Rm 12, 12). Lo mismo se nos dice en el relato de la lucha de Jacob. Como en el caso de Nuestro Señor, esta duró toda la noche. Con quién se encontró en esa ocasión solitaria, no se nos dice; pero Aquel con quien peleó le dio fuerzas para pelear, y, al final, le dejó una prenda en el cuerpo, como para mostrar que Jacob había vencido solo por condescendencia de Aquel que había sido vencido. Con la fuerza que había recibido, aguantó hasta la aurora, y pidió ser bendecido, y el que recibió la petición lo bendijo, y le dio un nuevo nombre, en recuerdo de aquel suceso. "Ya no te llamarás más Jacob, sino Israel, porque

has luchado con Dios y con hombres, y has podido" (Gn 32, 29). Y Moisés pasó uno de sus cuarenta días de ayuno, intercediendo por el pueblo, que había construido el becerro de oro. "Me postré, pues, ante el Señor y continué en postración durante cuarenta días y cuarenta noches porque el Señor había hablado de aniquilaros. Y le dije en mi súplica: mi Señor Dios: No destruyas a tu pueblo y a tu heredad, que rescataste por tu grandeza, al que sacaste de Egipto con mano fuerte (Dt 9, 25-26). Y los dos ayunos que se nos narran de Daniel terminan también en bendición. El primero fue de intercesión por el pueblo, y recibió como respuesta la profecía de las setenta semanas. El segundo fue también recompensado con una revelación profética; y, lo que es notable, parece haber tenido influencia (si se puede usar tal palabra) sobre el mundo invisible, desde el momento en que lo empezó. "El ángel me dijo: –No temas, Daniel. Desde el primer día que aplicaste tu corazón a comprender y a humillarte ante tu Dios, tus palabras fueron escuchadas, y yo he venido a causa de tus palabras" (Dn 10, 12). Vino al final, pero estaba listo para ir desde el principio. Pero más importante que esto, el ángel sigue: "El príncipe del reino de Persia me opuso resistencia durante veintiún días", justo el tiempo que Daniel había estado orando, "pero he aquí que Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi ayuda; por eso me detuve allí, junto a los reyes de Persia" (Dn 10, 13).

Un ángel acudió a Daniel durante su ayuno; de igual manera, en el caso de nuestro Señor, ángeles vinieron a servirle, y también nosotros podemos creer y consolarnos pensando que, también hoy, Dios envía sus ángeles especialmente a aquellos que lo buscan de esa manera. No solo Daniel, también Elías fue confortado por un ángel durante su ayuno; y un ángel se apareció a Cornelio, mientras ayunaba y oraba. Y yo creo realmente que sobra con lo que las personas religiosas ven a su alrededor para confirmar esta esperanza que hemos ido recogiendo de la palabra de Dios.

"Porque ha dado órdenes a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos" (Sal 91, 11) y el demonio conoce esta promesa porque la empleó en la suprema hora de la tentación. Sabe perfectamente en qué consiste nuestro poder y en qué consiste su debilidad. Así que nada tenemos que temer mientras permanezcamos dentro de la sombra del Trono del Altísimo. "Caerán mil a tu lado, diez mil a tu derecha; pero a ti no te alcanzará" (Sal 91, 7). Mientras permanezcamos en Cristo, somos partícipes de su seguridad. Él ha roto el poder de Satán. Él ha caminado "sobre serpientes y víboras; pisoteado al león y al dragón" (Sal 91, 13), por tanto, los malos espíritus, en lugar de tener poder sobre nosotros, tiemblan y temen ante cualquier verdadero cristiano. Saben que este lleva dentro algo que los domina, que puede, si quiere, reírse de ellos, despreciarlos y hacerlos huir. Lo saben bien, y lo tienen en cuenta en todas sus acometidas contra el cristiano. Solo el pecado les da poder sobre él y su principal objetivo es hacerle pecar, y por tanto hacerle caer por sorpresa, pues saben que es el único camino para vencerlo. Intentan asustarlo con la apariencia de peligro, y así sorprenderlo. O se le acercan suave y arteramente para seducirlo, y así sorprenderlo. Pero si no lo toman por sorpresa, no pueden hacer nada. Por tanto, hermanos, "no desconozcamos sus propósitos" (2 Cor 2, 11), y conociéndolos, vigilemos, ayunemos, oremos, mantengámonos unidos bajo las alas del Todopoderoso, para que Él sea nuestro escudo y protección. Pidámosle que nos haga conocer su voluntad, que nos enseñe nuestras faltas, que borre de nosotros cuanto pueda ofenderlo, y que nos conduzca por el camino de la salvación eterna. Y durante este tiempo santo, consideremos que estamos en lo alto del Monte con Él, dentro de la nube, escondidos con Él, no apartados de Él, no fuera de Él, porque solo en su presencia está la vida, sino con Él y en Él, aprendiendo su Ley con Moisés, sus atributos con Elías, sus consejos con Daniel, aprendiendo a arrepentirnos, aprendiendo a confesar y enmendar nuestras faltas, aprendiendo su amor y su temor, desaprendiendo de nosotros mismos, y creciendo hasta alcanzarlo a Él, que es nuestra Cabeza.●–

El drama anglicano en la geografía católica de John Henry Newman

DR. MARIO ENRIQUE SACCHI

Los católicos educados fuera de los ámbitos anglosajones tropiezan con dificultades al tratar de comprender diversos aspectos de la vida del cardenal John Henry Newman, sobre todo aquellos relativos a su presencia en el panorama espiritual y cultural británico después de su conversión al catolicismo. Quizás una de las causas de dichas dificultades radique en la magra estima que consuetudinariamente se ha deparado a la conversión en las naciones de raíces latinas. Dado que en estas naciones se suele ver en el catolicismo algo casi consubstancial con ellas mismas, la conversión aparece ante muchos ojos como un fenómeno extraño y de ocurrencia esporádica que no habría afectado en forma destacable la trayectoria histórica de sus pueblos. Pero, a pesar de esta deficiente evaluación de la conversión, se debe reconocer que las naciones latinas, con la excepción de Francia, han depreciado su impronta porque no han sido escenarios de las controversias religiosas ni de las guerras que sacudieron a varias regiones de Europa a partir del estallido de la Reforma en el siglo XVI. En la patria de Newman no ha sucedido otro tanto porque allí, desde más de cuatro siglos atrás, los conversos al catolicismo nunca han podido dejar de arrastrar la catalogación pública de renegados. No extraña, luego, que en la atmósfera reinante en la Anglia moderna las conversiones al catolicismo, en el mejor de los casos, hayan sido sospechadas de intentos subversivos destinados a quebrantar el orden constitucional y la paz social.

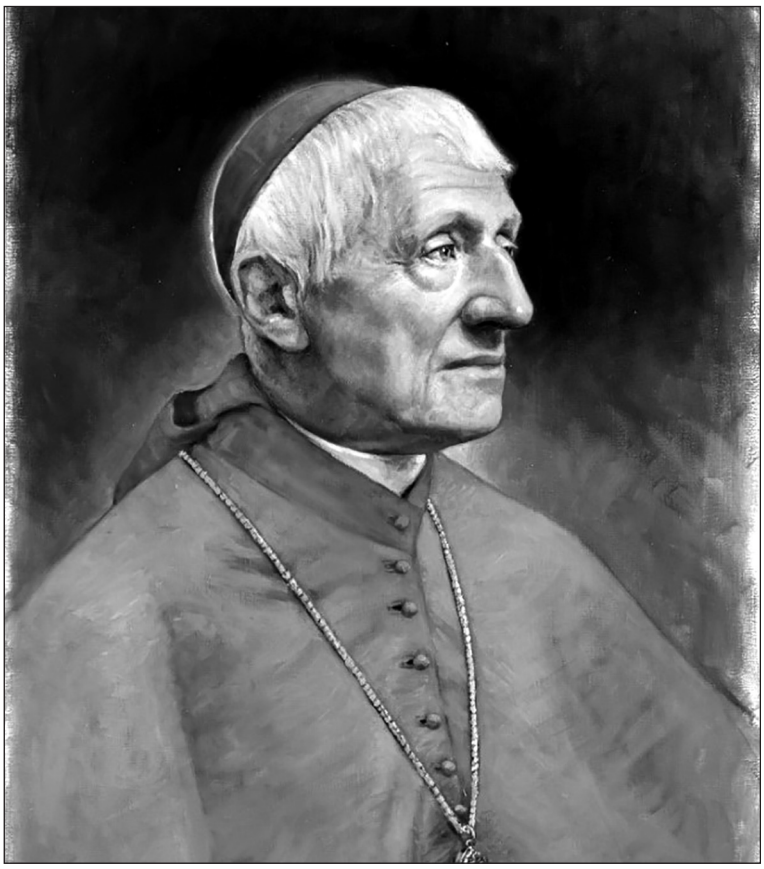
La incorporación de Newman a la Iglesia de Roma le valió transitar el mismo camino que todo converso estaba obligado a recorrer después de incurrir en el reato de perfidia, según la interpretación anglicana de esta metamorfosis espiritual equiparada a la insolencia. Hoy a muchos les cuesta bastante ponderar su conversión porque han perdido de vista qué ha significado esta decisión capital, tal cual la ha obrado quien la ha obrado, y en qué paisaje hubo acontecido. Por cierto, no nos corresponde ensayar una intromisión imposible e irreverente en la intimidad del alma de alguien que se ha entregado piadosamente a escrutar los designios que Dios había reservado para su vida. Nos limitarnos tan sólo a retrotraer la mirada a aquel Newman a quien la Iglesia esperaba y abrió sus brazos para acogerle imperecederamente.

Si en 1845 los editores del *Times* hubiesen tenido la ocurrencia de publicar en sus páginas una semblanza del autor del *Sueño de Geroncio*, seguramente hubieran subrayado que el Dr. John Henry Newman era un distinguido clergyman que brillaba con luz propia en la cúspide de la academia inglesa. Gozaba del reconocimiento unánime de sus dotes de caballero de singular refinamiento, no menos que del prestigio indisputable de ser el gran orador sagrado de aquellos días. No por acaso Oriel era envidiada por los restantes colegios oxonienses por haberse honrado contándole en su claustro y, de manera

concomitante, por haber privado a los otros de lucirle en sus estrados. Nadie ponía en duda que el Dr. Newman, además, era el más afamado historiador del cristianismo entre todos los *scholars* que en fecha reciente habían desempeñado igual oficio en la Universidad de Oxford y que, en tal condición, su nombradía no iba a la zaga de la celebridad alcanzada por sus colegas alemanes. Por fin, holgaba decir que era un escritor cuyos trabajos eran saludados con entusiasmo por sus ávidos lectores. En consecuencia, nadie por entonces hubiese puesto en tela de juicio la veracidad de un informe sobre la fisonomía de Newman redactado en estos términos. Pero, ¿cómo entender que esta figura sobresaliente de la Iglesia de Inglaterra, de la corporación universitaria y de las letras nacionales haya tenido la osadía de mortificar a la sociedad de sus compatriotas desafiando justamente el elemento definitorio de la moderna Albión, o sea, la ruptura cismática con el pontificado romano?

En la Inglaterra de mediados del siglo XIX la conversión de un súbdito de la corona británica al catolicismo se podía medir tanto en función de las razones religiosas que movían a tomar tal determinación cuanto a la luz del significado político que se asignaba a un hecho de este cariz, a saber: el abandono de la causa nacional mediante el traspaso a las filas papistas. Sin embargo, la circunstancia era considerada aún más grave cuando el protagonista de un episodio de tal índole ostentaba la jerarquía eclesiástica, máxime un hombre de la talla de Newman. Es cierto que los *scholars* enrolados en el Movimiento de Oxford ya habían dado muestras de su propensión a exteriorizar actitudes díscolas y poco convencionales que no estaban exentas de desembocar en altercados de importancia todavía mayor, pero hasta entonces ninguna personalidad prominente, ni en Oxford ni en ninguna otra parte, se había atrevido a renunciar al *establishment* ni a conmocionar tan escandalosamente al conjunto de los estamentos de la comunidad británica emprendiendo viaje a Roma. No por acaso se ha retratado a Newman como un "nuevo Savonarola" en una Oxford victoriana de sugestivas semejanzas a la vieja Florencia de los Medici.[1]

No se puede captar la magnitud del desencanto que produjo en Inglaterra la conversión de Newman si se omite cualquiera de los elementos evaluados en aquellas circunstancias por los hombres que acusaron el doble impacto de su apartarse del anglicanismo y hacer profesión de fe católica. Ante todo, su persona. Ya el *fellow* y *tutor* de Oriel, ya el vicario de St. Mary the Virgin, no era uno más entre los maestros de la Universidad de Oxford ni entre los miembros de la clerecía anglicana; al contrario, en su época Newman descollaba en los medios selectos de la Iglesia de Inglaterra exhibiendo una resonancia no inferior a aquélla que lo había catapultado a la celebridad ya antes de su retiro de las aulas en 1832. Luego hay que tomar en cuenta al teólogo, pues en Inglaterra no había ningún *divine* tan destacado como Newman desde los días de Joseph Butler (1692-1752) sucesivamente obispo de Bristol y de Durham, a quien el cardenal llamó "el nombre grande en la Iglesia anglicana".[2] Tampoco se debe olvidar que el pensamiento católico penaba un largo exilio de los claustros universitarios y de la sociedad británica en general a tal punto que habría que remontarse hasta el siglo XVII para encontrar un teólogo o filósofo católico parangonable con Newman, es decir, desde que el irritable John Sergeant arremetiera contra Locke, Stillingfleet, Tillotson y tantos otros con una vehemencia rayana en la iracundia. Filósofo y teólogo de dotes inusuales, la obra de Sergeant (1623-1710), que sepamos, aún no ha sido estudiada con el detenimiento que merece. Pasó gran parte de su vida en Lisboa, donde recibió la ordenación sacerdotal, y es recordado más que nada por la penetración de la crítica que dirigió a la filosofía de Locke. En su tiempo cosechó fama de polemista impulsivo y empedernido, lo cual llevó a algunos a sospechar de su cordura.[3] Por fin, no se debe olvidar que Newman se convirtió al catolicismo en las mismas jornadas en que Inglaterra disfrutaba como nunca las bondades de su gloria nacional. El reinado de Victoria marcó el



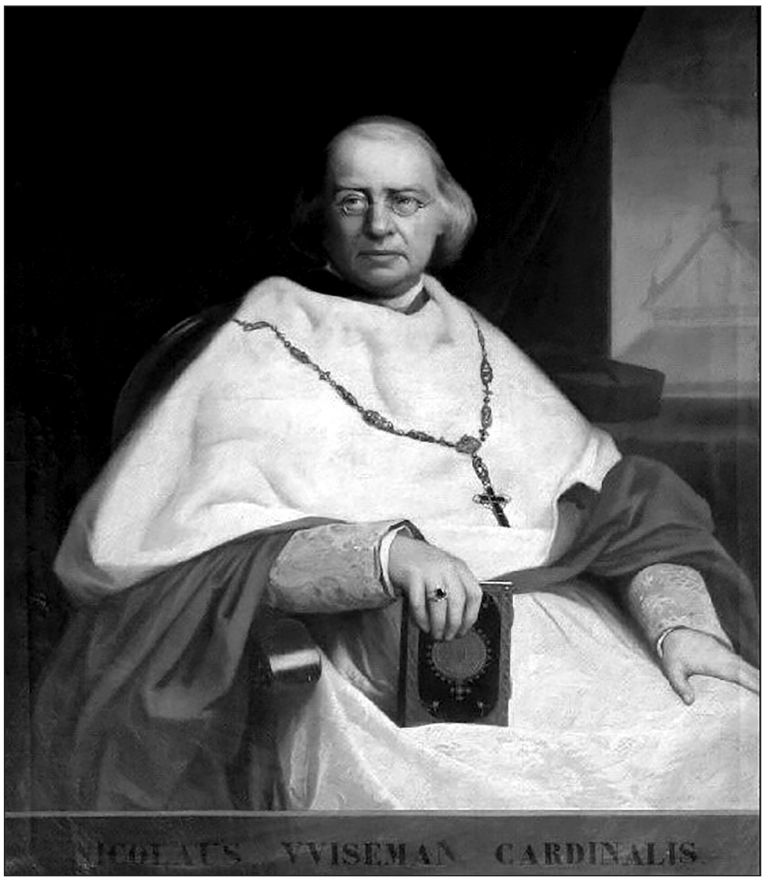
Cardenal John Henry Newman

cenit del Imperio británico tendiendo un manto de sombra sobre la fuerza política otrora ostentada por Francia, España y Portugal. Ningún otro país le disputaba su formidable poderío militar, su capacidad inversora, la versatilidad de su comercio y las habilidades de una diplomacia sólida y eficazmente identificada con los intereses vernáculos. Ciertamente, en medio de esta atmósfera de prosperidad, esplendor y orgullo nacionales, el alma británica reputó inconcebible el que un hombre ilustre del prestigio de Newman se pasara a las filas católicas.

La conversión de Newman al catolicismo fue el baldazo de agua fría que antecede a una decepción que el anglicanismo inglés nunca terminó de asimilar. Su conversión de ninguna manera fue un episodio motivado en razones políticas, pero no pudo dejar de afectar a la médula de la Gran Bretaña moderna, a saber: la simbiosis, tan ininteligible cuan indescifrable, de la organización y de la vida política nacionales y de la religión anglicana. El entremezclamiento de esta religión y de la vida política inglesa no podía ser cuestionado sin incurrir en una prevaricación pública que era vista como una combinación de herejía y sedición. Sin necesidad de que los incursos en este delito fuesen sediciosos ni herejes, la aleación artificiosa de la vida política y de la religión anglicana forzaba la impresión de que el desafío al anglicanismo era un atentado contra los pilares civiles del Estado, sobre todo si se lo ejercía en nombre de la doctrina y de la autoridad de la Iglesia católica, pues la religión oficial de Inglaterra, por más que siempre haya invocado su anglicidad como su constitutivo esencial, jamás ha conseguido disimular que sus orígenes, su desenvolvimiento histórico y toda su existencia se definen exclusivamente por su aversión al pontificado romano.

Rarísimo, entonces, hubiese sido que, cuando Newman se convirtió al catolicismo, alguien pudiera haber admitido que se podía ser al unísono británico y católico sin caer en una verdadera *contradictio in terminis*.

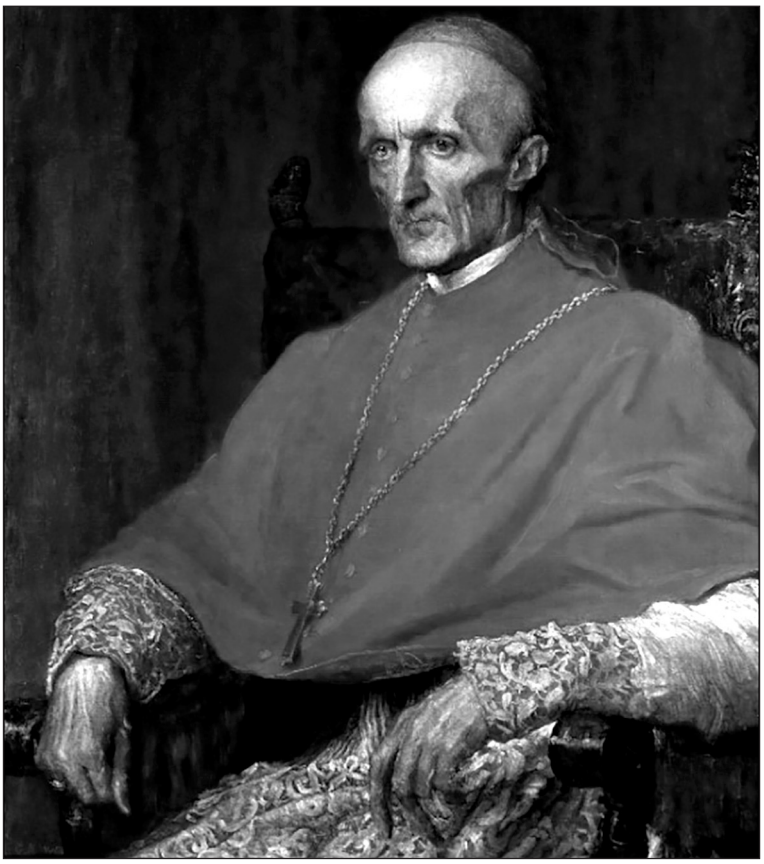
Esta impresión estaba mucho más acentuada aún en los ambientes académicos, principalmente en la Universidad de Oxford, cuyos claustros habían cumplido un papel relevante en la ardua lucha de tres siglos que el anglicanismo había llevado a cabo contra la doctrina católica y el papado. En la época de Newman, la Universidad de Oxford parecía haber trepado al *summum* de su magnificencia académica. La opulencia disfrutada por el *establishment* británico le aseguraba una matrícula suculenta a cubierto del riesgo de *default* de sus alumnos, pues la riqueza de los ciudadanos del Imperio que enviaban a sus herederos a estudiar a Oxford aventaba con creces tal amenaza. Junto con sus pares de Cambridge, St. Andrews y Aberdeen, era, además, un ateneo que se preciaba de perpetuar con gallardía las más augustas tradiciones de los *collegia* y de las *universitates studiorum* de la Edad Media, en abierto contraste con el escarnio y la decadencia que estas instituciones venerables padecían en Europa continental desde los comienzos de la modernidad. El anglicanismo oxoniense aparecía, pues, como la encarnación de una excelencia científica que fue conseguida sin haberse ajustado a los dictados dogmáticos y disciplinarios de la prepotencia romana.



Cardenal Nicholas Wiseman, 1865, retrato de Eduardo Cano

A mediados del siglo XIX, imbuida firmemente de las cláusulas de la moral calvinista, Inglaterra abrigaba la certeza de hallarse deleitando las bondades del progreso moderno por haber persistido pacientemente en el sostenimiento de la alianza de su régimen político con la religión anglicana que la había liberado del papismo católico. Austria, Francia, España y Portugal todavía seguían pagando duramente el precio de no haberse emancipado a tiempo de la enajenación que implicaba mantener alguna comunión con Roma, siquiera tenue y frágil. Después de la defunción del Sacro Imperio, Alemania, en cambio, se mostraba dispuesta a imitar el modelo antirromano británico; de ahí las perspectivas promisorias que alentaba el encolumnamiento de sus estados bajo la regencia de Prusia, cuyos gobernantes no había tenido el menor escrúpulo en poner en marcha la *Kulturkampf* para corroborar de una vez por todas que la conquista de la gloria europea dependía del fortalecimiento del nacionalismo protestante de cara a la hegemonía del pontificado católico, ya en franco retroceso.

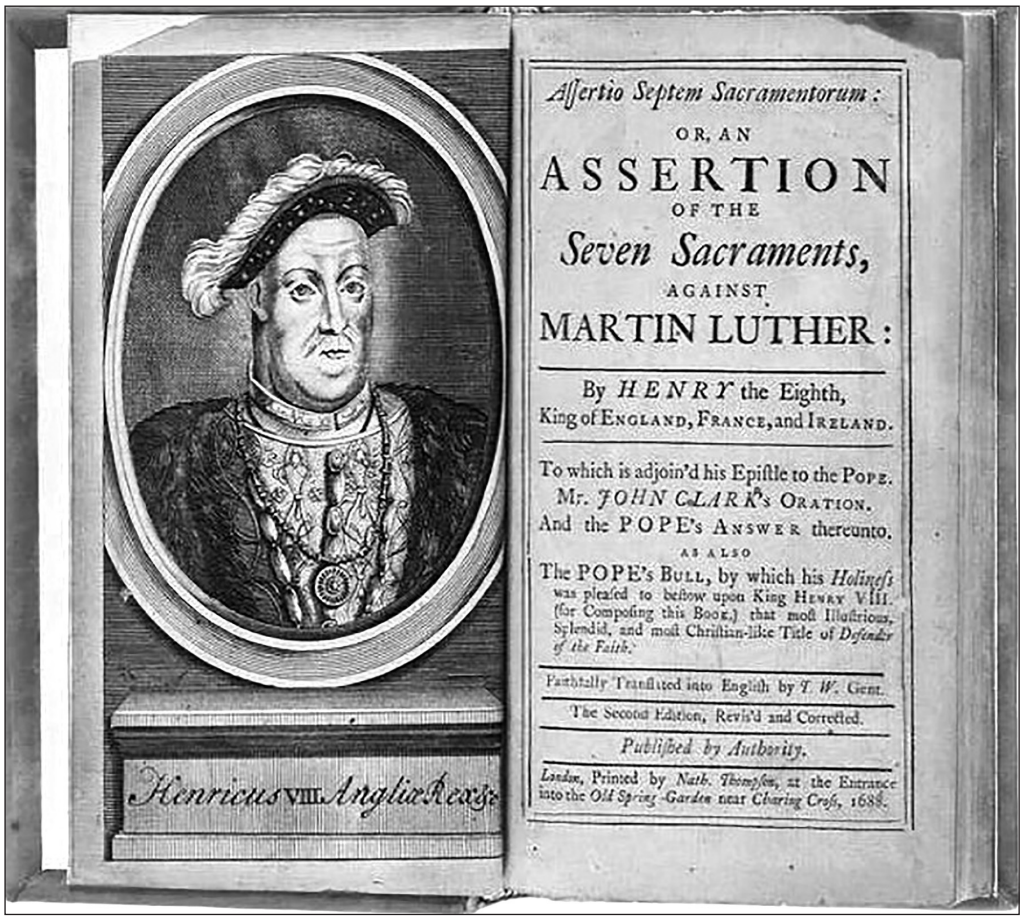
No sorprende que la unión de Newman a la Iglesia de Roma nunca haya sido analizada a



Cardenal Edward Manning, 1880, retrato de George Frederich Watts.

la luz de uno de sus aspectos más admirables y fructíferos: el repudio heroico de la ideología galicana que entrañó su conversión. ¿Por qué no sorprende este hecho? Sencillamente, porque el galicanismo es una suerte de *secunda natura* de la Europa moderna. Más aún, es la carta magna de los modernos estados nacionales, los cuales no se constituyeron mediante la afirmación de la identidad de sus respectivas naciones, sino como resultado de una abierta confrontación con Roma. El nuevo derecho constitucional entronizado a fines del siglo XV, además de la consagración del absolutismo monárquico, trajo aparejada una fragmentación deletérea de la Iglesia fundada en razones políticas, pues los príncipes europeos no sólo acapararon la totalidad del poder civil, sino que se consideraron a sí mismos los pontífices nacionales encargados de velar por la salud, la integridad y la prosperidad de las iglesias instaladas en los territorios sometidos a sus jurisdicciones. La renuencia de Roma a admitir esta situación fue mirada como una ingerencia intolerable en los intereses nacionales, en tanto los obispos y los clérigos que recusaban el pontificado político de los reyes fueron vistos como sediciosos en connivencia con los intereses de un papado equiparado con celeridad a una potencia extranjera. Claro está, empero, que el galicanismo obtuvo su fuerza enorme no sólo del poderío de los príncipes y de sus cortes, sino incluso de un clero persuadido de la mayor necesidad de simpatizar con las autoridades políticas que de la obligación de permanecer fiel a la Santa Sede. Es por eso que los cismas acaecidos en el siglo XVI a raíz de la crisis protestante de ninguna manera se pueden entender si se los reduce a términos exclusivamente religiosos. Es más, existen serias razones para pensar que quizás tales cismas no hubieran tenido lugar si el nacionalismo galicano no hubiese jugado el papel que determinó, más que ningún otro, la fractura de la unidad espiritual y política de Europa, y esto a tal grado que ninguno de esos episodios cismáticos cristalizó por sí mismo, sino por la fuerza con que los incentivaron las coronas ganadas por el furor de la ideología cesaropapista dominante.

La Inglaterra de Newman rebosaba de galicanismo; tanto, que su propia constitución estatuye que el monarca británico es el sumo pontífice de la Iglesia anglicana y que, si abjurara del anglicanismo, *ipso facto* dejará de ser monarca. Hasta hoy día esto es así, si bien se sabe que allá viene progresando una tendencia, cada vez más acentuada, que propugna la separación lisa y llana de la monarquía y de la Iglesia nacional. Pero la conversión de Newman al catolicismo se operó



Assertio septem sacramentorum , de Enrique VIII, 2da. edición, Londres, 1688.

cuando todavía nadie se animaba a cuestionar el galicanismo anglicano; menos aún, por supuesto, en aquellos tiempos victorianos en que Gran Bretaña había alcanzado el pináculo de la bonanza política y económica. No era la época más apropiada para denunciar la hipocresía de una monarquía que continuaba y continúa ufanándose de haber usurpado el título católico de *defensor fidei*. Como se sabe, esta condecoración fue concedida por el papa León X a Enrique VIII en virtud de su encendida refutación teológica de las herejías de Lutero tal cual se contiene en la *Assertio septem sacramentorum,* obra donde el rey expuso su ortodoxia católica en materias muy caras a la Iglesia: el valor de los sacramentos, la naturaleza de la misa, la autoridad del romano pontífice.[4] Pero a pesar de la defraudación que experimentó al ver que uno de sus hombres más eminentes emigraba a Roma, la anglicana Inglaterra no condenó a Newman ni al cadalso ni al escarnio.

¿Por qué aquella Inglaterra anglicana y galicana no se ensañó con Newman? Esta pregunta surge inevitablemente en el alma de todos quienes se han abocado a estudiar la conversión del autor de la *Gramática del asentimiento*. Sin embargo, el interrogante casi nunca encuentra respuestas que satisfagan a quienes se lo formulan. La sensación que a uno le asalta en tales circunstancias no es ajena al hecho de que en toda conversión se hace presente el misterio de la gracia, y, por tanto, que de alguna manera este misterio tampoco es ajeno al impacto que la conversión produce en aquellos testigos que ni la desean ni la esperan. El efecto que la conversión de Newman suscitó en el anglicanismo galicano bien se puede simbolizar mediante la alegoría de la secuencia de los cuatro

movimientos de las sinfonías clásicas: primero, rabia frente a la deserción insólita "*of the quintessentially British Dr. Newman*"; segundo, fastidio a causa del rumbo que ha escogido –Roma–; tercero, estupor por la ausencia de toda dramatización de la conversión de un súbdito ingles al catolicismo; cuarto, por fin, silencio ante la certeza, jamás retaceada por el anglicanismo, de la sacralidad de la decisión de quien emprende el camino señalado por Dios. Subrayemos, pues, que la rabia, el fastidio y el estupor provocados por la conversión de Newman al catolicismo en la anglicana y galicana Inglaterra del siglo XIX naufragaron en un silencio cuya elocuencia es humanamente injustipreciable. Pero otros dos efectos aún más elocuentes, aunque imperceptibles en aquellas jornadas, se pudieron detectar más tarde al cesar los arrebatos románticos del siglo XIX: antes que nada, el comienzo de la veloz decadencia de la religión y de la política anglicanas, y, además, la instalación en Gran Bretaña de la necesidad de encarar responsablemente y de una vez por todas la identidad del catolicismo. De un modo sigiloso, como si se hubiese tratado de una delicada operación de inteligencia militar, con su conversión Newman inauguró un certamen espiritual que un siglo después pasó a denominarse *diálogo ecuménico*, aunque en sus días esta conversación estuvo concentrada en el meollo esencialmente religioso de las disidencias entre católicos y protestantes con prescindencia de todo protocolo diplomático.

En opinión de quien esto escribe, no obstante carecer de los documentos necesarios para probarlo taxativamente, la conmoción ocasionada por la conversión de Newman al catolicismo ha sido el principal detonante de diversas preocupaciones que amanecieron en la Iglesia de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX y signaron su marcha subsiguiente. En primer lugar, su interés inusitado en buscar algún tipo de inserción en la unidad universal de la Iglesia católica. A despecho de los atavismos galicanos que la carcomían, la Iglesia de Inglaterra volvió a dirigir su mirada a Roma; a esa misma Roma a la cual imputaba la *praxis* empedernida de un imperialismo pontificio que, entre otras cosas, invitaba a la confrontación constante con el imperialismo galicano de los poderes seculares. Por algo es que todavía hoy no se logra salir del asombro que significó la renovada agitación de la cuestión de las ordenaciones anglicanas, ya que la Iglesia de Inglaterra no se resignaba a seguir penando la marginación de la comunión católica a que la constreñía la ruina del sacerdocio y del orden episcopal desde la elección de Matthew Parker como sucesor del cardenal Reginald Pole en el arzobispado de Canterbury en 1558. Tanto se agigantó esta preocupación en la Iglesia de Inglaterra, que las ásperas polémicas teológicas posteriores a la muerte de Newman preludiaron varios intentos ordenados a conseguir de la Santa Sede el reconocimiento de la validez de las ordenaciones anglicanas. El clamor por tal reconocimiento llegó a un extremo hasta entonces impensable: la Iglesia de Inglaterra acudió gustosa y entusiasmada a Roma, tuvo plena libertad para esgrimir sus argumentos ante la Congregación del Santo Oficio y pidió que sean tenidos en cuenta por la comisión de teólogos convocada por el papa León XIII con el encargo de reconsiderar el problema. Concretamente, de un modo implícito o explícito los anglicanos admitieron que la palabra de Roma era indispensable a los propósitos de recomponer su rostro eclesial. Mas les esperaba una nueva desilusión, pues el particular afecto que León XIII siempre deparó hacia la nación inglesa no interfirió en absoluto en su determinación de publicar la bula *Apostolicae curae* del 13 del septiembre de 1896, donde se estipula la invalidez de las ordenaciones anglicanas en razón de sus defectos de forma y de intención.[5]

La Iglesia anglicana es una comunidad cismática, pero nunca ha apartado sus ojos de Roma. ¿Qué mantiene con tan sugestiva constancia a la Iglesia de Inglaterra pendiente de la cátedra de Pedro? Newman parece haber sido el punto de inflexión en la historia de la tensión que desde el siglo XVI existe entre el anglicanismo y la Iglesia católica, ya que a partir de su conversión nada permaneció igual en Inglaterra. A más de un siglo y medio de este acontecimiento, el anglicanismo

ha decaído sensiblemente, tanto en sus aspectos religiosos cuanto en los políticos. Como contrapartida, el catolicismo fue restaurado, se consolidó y creció bajo la tutela espiritual de sus tres grandes adalides del siglo XIX: el mismo Newman y los cardenales Nicholas Patrick Weisman y Henry Edward Manning. Se entiende, entonces, por qué la conversión de Newman fue el síntoma inequívoco de las posibilidades de una feliz reinserción del catolicismo en el pueblo británico, al mismo tiempo que ponía en evidencia una necesidad largamente postergada por la Iglesia anglicana: el examen de su gestación, de su constitución y de su desarrollo a remolque de una corona galicana que la redujo a la magra condición de una oficina estatal sustentada no más que en el chauvinismo y en la obsecuencia de sus funcionarios. El viraje de Newman al catolicismo fue también el resultado del vaciamiento secularizante que cualquier espíritu cristiano robusto podía captar sin dificultad en una religión fundada y controlada por los sucesivos huépedes de *palazzi non sacri*.

Hoy resplandece en toda su nobleza la prudencia extraordinaria desplegada por Newman frente al drama anglicano, que es el verdadero drama de una Inglaterra herida por las antinomias galicanas enquistadas en el humanismo nominalista del Renacimiento: o la fe o la nación, o el rey o el papa, o la patria o la Iglesia. Newman demostró a los británicos que esta dialéctica carece del más mínimo asidero porque la fidelidad a las más puras verdades de la fe y a las costumbres cristianas no sólo no se contrapone a la virtud del patriotismo, sino que incluso exige la obediencia dócil y honesta a la autoridad civil como un precepto inexcusable de la vida política. Pero si Newman, una vez consumada su conversión al catolicismo, no gastó ningún improperio para distinguirse de su antigua cofradía anglicana, debemos reconocer que tampoco ésta exteriorizó su desencanto frente a la conversión de aquél valiéndose de agravios ni de ataques rastreros. Esta caballeresca reciprocidad de actitudes entre adversarios civilizados sembró un terreno fértil para que algún día se pueda dirimir el denso debate que católicos y anglicanos está llamados a poner fin. La mejor esperanza de este ansiado desenlace reposa en que la fe católica con la cual Newman bañó a su amada Inglaterra es la misma fe de alguien a quien la Anglia protestante admira como a uno de sus hijos más grandes.●—

NOTAS

1. "Como la Florencia de los Medici, Oxford fue sacudida por un nuevo Savonarola" (W. Barry, "John Herry Newman", en *The Catholic Encyclopedia* [New York: Robert Appleton Co., 1905-1914], vol. X, rpt., Onli-ne edition by K. Knight [1999]).

2 Apud R. Bayne, "Introduction" to J. Butler, *The Analogy of Religion Natural and Revealed*, 4th rpt. (Len-don & New York: J. M. Dent & Sons Ltd. & E. P. Dutton & Co., 1936), p. VII.

3 Cfr. E. Burton, "John Sergeant", en *The Catholic Encyclopedia*, ed. cit., vol. XIII. Esta breve reseña pasa por alto toda referencia al pensamiento de Sergeant y menciona apenas unos pocos escritos de polémica apologética sin colacionar sus trabajos filosóficos mayores.

4 La *Assertio septem sacramentorum adversos Martinum Lutherum* se publicó en Londres en 1521. Su edición señala expresamente la autoría de Enrique VIII, pero las airadas reacciones protestantes la desacreditaron con prontitud alegando que el rey no era capaz de componer una obra de la envergadura teológica de este trabajo. Algunos insinuaron que la redacción corrió por cuenta de Erasmo de Rotterdam; otros la atribuyeron a san Juan Fisher, obispo de Rochester y luego víctima del mismo Enrique. Santo Tomás Moro, por su parte, negó de plano toda intervención suya en la redacción del escrito. Cfr. R. García-Villoslada S. 1., *Martín Lutero*, 2a. ed., Madrid: La Editorial Católica, 1976), t. I, p. 484, y t. II, pp. 66-67.

5 Cfr. ASS 29 (1896-1897) 198-200. Vide Denz/Sch 3315-3319, et Suppl. 3317ab. Consúltese C. Crivelli S. I., "Anglicane, ordinazioni", en Enciclopedia cattolica (Cittá del Vaticano: Ente per l'Encyclopedia Candi-ca e per il Libro Cattolico, 1948ss.), vol. I, col. 271-1273.

Letters an Diaries vol.XV, ps.152-154

La cuestión de la unidad de la Iglesia en cartas de John Henry Newman

Comentario y traducción
INÉS DE CASSAGNE

Carta a miss Harriet Benett que, siendo anglicana, pensaba que serlo bastaba para ser parte del todo creyente y por eso ya unida de ese modo con la Iglesia Católica Romana. En tal caso ¿a qué pasar a ésta? Gracias a la explicación de Newman que la saca de este error –como vemos en la carta– y de su apoyo posterior, ella se convirtió al catolicismo junto con varios familiares y, además, llegó a profesar en un convento y hasta ser superiora del mismo. Newman insiste en este punto crucial de la auténtica UNIDAD, distinta de lo que se llama "ecumenismo".

Edgbaston, agosto 22 de 1852

Mi querida Señora,

Con mucho gusto me dedicaría a examinar por entero la cuestión que me plantea, si no fuera que mis propias ocupaciones no me dejan tiempo para ello.

No sólo es necesario decir que el Sr. Manning[1] aprueba mi criterio. Además, no puedo imaginarme a nadie que admita otro, aunque bien comprendo a alguno de la Iglesia anglicana (pues yo mismo he pasado por tal estado) que muy involuntariamente crea que otro punto de vista es imposible.

La Santidad admite "*grados*", la Unidad no admite grados. La Iglesia puede ser más o menos santa –pero no puede ser más o menos *Una*: ella puede ser una en distintos sentidos– pero no en el mismo sentido de "uno", pues no hay grados en uno. ¿Qué se entiende pues por "uno"?

Cuando se aplica a la Iglesia, ¿se trata de un espíritu o un cuerpo? Si se trata de *un espíritu* en la Iglesia, entonces los ultraprotestantes tendrían razón puesto que ellos admiten un espíritu en la Iglesia. Si se trata de un cuerpo, sólo la Comunión de Roma tiene razón ya que sólo ella es *un cuerpo*. Pero ¿qué significa la noción anglicana de

1 Henry Manning, secretario entonces y sucesor más tarde de Nicholas Wiseman como arzobispo católico de Westminster, sede surgida con la restauración de la jerarquía católica en 1850, después de tres siglos de ausencia desde el Cisma anglicano del siglo XVI.

unidad? Ni simple unidad en espíritu ni unidad en el cuerpo. ¿Unidad en qué, entonces?

Cuando hablamos de *unidad* queremos decir unidad de carácter o de sentimientos, o de fe o de amor o de gracia, o de gobierno de la Iglesia o de visible comunión pero en ninguno de tales sentidos hay grados: no podemos decir hay "más uno" o "menos uno".

La Unidad implica una individualidad. Los católicos en tiempo de san Cipriano[2] (como vemos en su obra "*Sobre la Unidad de la Iglesia*") afirmaban que la Iglesia era un *cuerpo*, en el mismo sentido que su contemporáneo Imperio romano era un cuerpo. Éste era un cuerpo político. Pero dejó de serlo cuando el Imperio romano tuvo varias cabezas, cuando los emperadores estaban en Constantinopla, los mahometanos estaban en Alejandría, y luego los lombardos en Milán y el papa en Roma, el Imperio romano había *dejado de ser* un cuerpo. Antes de esto, cuando por un corto lapso tuvo diferentes emperadores en diferentes partes, no estaba aún disuelto, pero estaba en *vías* de disolución. Tales casos nos valen como modelos hoy para las Iglesias de Roma, Inglaterra y Grecia –no es factible hacer de ellas un cuerpo, tal como no lo permitían en otros tiempos los bizantinos, los lombardos y los sarracenos: si bien todos ellos fueran de una raza (la de Adán), y por más que sus obispos proviniesen todos de los Apóstoles, esto no los hacía un cuerpo.

San Pablo habla de un cuerpo y de un espíritu. Y repito: puedo entender la noción protestante de un espíritu, pero no de un cuerpo aún llamando a Roma, Inglaterra y Grecia partes de un cuerpo.

[….]

La unidad de la Iglesia es una de sus notas, una de sus cuatro notas. Por lo cual hay que tener una idea clara, no tomada por fe sino vista y entendida. Ahora bien, la idea anglicana de la unidad de la Iglesia resulta un simple misterio que ningún ser humano puso en palabras inteligibles.

Le diré que estoy seguro, mi querida Señora, si me lo permite, que ya es tiempo para Ud. de salir de las sombras y juegos de palabras, hacia la clara luz. Y cuando por la gracia de Dios haya Ud. aceptado esta salvación que le es ofrecida, ha de pensar Ud. cómo es que tardó tanto en aceptarla –tal es la experiencia de muchos: se maravillan y se ríen de sus anteriores ideas.

En mis plegarias ruego para que su ansiedad reciba pronto su recompensa.

Suyo con afecto,

John Henry Newman del Oratorio

2 Siglo III.

"Toda persona que respira, pobre o rica, cultivada o ignorante, joven o anciana, hombre o mujer, tiene una misión, un trabajo que cumplir. No hemos sido enviados a esta tierra para nada. No hemos nacido por casualidad. No estamos aquí para dormir durante la noche, levantarnos por la mañana, buscar el alimento, beber y comer, reír y bromear, ofender a Dios cuando nos viene en gana, reformar nuestra vida cuando nos cansamos de pecar, criar hijos y morir. Dios contempla a cada uno de nosotros, crea toda alma, la infunde, una a una, en un cuerpo, y lo hace con una intención. Nos necesita, se digna necesitar a cada uno de nosotros. Tiene un plan para cada hombre".

(Mix, VI, 1849)

81
9 771234 567898